

Unidad y Carismas

Eucaristía: perderse en Dios

Cruzar juntos la puerta
que nos introduce en el seno del Padre

Michel Vandeleene

Eucaristía y Nueva Creación

Carlos García Andrade, c.m.f.

Destellos de Eucaristía

La Redacción

«Tres gotas de vino y una gota de agua
en la palma de la mano»

Mauro Mantovani, s.d.b.

La Eucaristía en mi vida.
Notas de agradecimiento

Manuel Morales, o.s.a.

Eucaristía:
¿símbolo de unidad o de separación?

Peter Dettviler

N.º 94/2015

Abril - Junio



Ciudad Nueva

Revista trimestral de espiritualidad y comunión

Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

Consejo de redacción: Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M^a Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

Administración: Joaquín M^a Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.es

Composición: José Luis Belver, o.s.a.

www.unidadycarismas.es

Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,
Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.
unitaekarismi@cittanuova.it

Edición alemana

«charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr
Kaulbachstrasse 47
D - 80539 München, Alemania
schalk@redmuc.de

Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,
mssp, Via della Salvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,
Cistercijanska opatija Sticna
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

Edición francesa

«Unité et Charismes», Roger Bourcier, fsg
10, av. Rémy René-Bazin
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia
unitecharismes@focolari.fr

Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.
Biskupow 72 PL
48-355 Burgrabice, Polonia
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil
centrofoco@uol.com.br

EUCARISTÍA: PERDERSE EN DIOS

Editorial

La Eucaristía en la espiritualidad de la unidad *Fabio Ciardi, o.m.i.* 4

Perspectivas

Cruzar juntos la puerta que
nos introduce en el seno del Padre *Michel Vandeleene* 7

Eucaristía y Nueva Creación *Carlos García Andrade, c.m.f.* 11

La Misa no ha terminado *Amedeo Ferrari, o.f.m.conv.* 16

Testigos

El voto de la personalidad
en san Pedro Julián Eymard *Manuel Barbiero, s.s.s.* 21

Destellos de Eucaristía *La Redacción* 26

«Tres gotas de vino y una gota de agua en la palma
de la mano». F.-X. Nguyễn Van Thuân
y la fuerza de la Eucaristía *Mauro Mantovani, s.d.b.* 31

Experiencias

La Eucaristía en mi vida.
Notas de agradecimiento *Manuel Morales, o.s.a.* 35

El pacto de unidad en Jesús Eucaristía *Paolo Monaco, s.j.* 38

Nuevos horizontes

«La Eucaristía: ¿símbolo de unidad
o de separación?» *Peter Dettviler* 40

La Eucaristía en la espiritualidad de la unidad

CADA año, el Movimiento de los Focolares profundiza en un tema de su espiritualidad. Es una manera inteligente de mantener viva la identidad carismática. Del mismo modo, cada mes se profundiza y vive una palabra de la Escritura –la Palabra de vida– para beber constantemente en la fuente evangélica de la que brota y se mantiene vivo todo carisma. Entre ambas prácticas no existe separación de temas. Es evidente para la Palabra de Vida: «*en cada Palabra está toda la Palabra como en la Palabra está cada Palabra*», ha enseñado constantemente Chiara Lubich. Lo mismo hay que afirmar sobre los varios aspectos de la espiritualidad: por una misteriosa pericóresis, cada aspecto contiene toda la espiritualidad, que se alimenta a su vez de ese mismo aspecto.

El punto de la “espiritualidad de la unidad” propuesto para este año es “Jesús Eucaristía”. En una espiritualidad católica parece obvia la dimensión eucarística: ¿es necesario considerarla un elemento peculiar? ¿No es simplemente patrimonio común de toda la Iglesia? Sin embargo, tratando de profundizar en la experiencia de Chiara Lubich sobre Jesús Eucaristía, me parece evidente que toda su espiritualidad puede verse partiendo desde este aspecto y, al mismo tiempo, cómo este aspecto exige –para vivirlo– todos los demás elementos que componen armónicamente su espiritualidad.

Esta vez se me pidió a mí preparar el volumen que recoge los pensamientos de meditación sobre el tema del año. Es el sexto, que sigue a los de Dios Amor, la voluntad de Dios, la Palabra de Dios, Jesús en el hermano, Jesús en medio de nosotros. Ha sido la ocasión para volver a leer muchos escritos de la fundadora de la Obra de María sobre Jesús Eucaristía.

En primer lugar he podido constatar la verdad que surge de una pregunta retórica que ella se hizo más de una vez: «*¿Fue la Eucaristía la que me puso dentro el Ideal?*», es decir, la que le permitió que acogiera el don divino de luz de la espiritualidad de la unidad y que la llevara a dar vida a su Obra en la Iglesia. La respuesta que se daba era que el Movimiento era fruto de «*un asunto entre Jesús Eucaristía y yo*»; «*un asunto entre Tú y yo*», decía con

confianza dirigiéndose a Él. De este modo he podido recorrer de nuevo con ella algunos momentos de su vida caracterizados por la presencia explícita de la Eucaristía. Algunos son encantadoras “floreillas”, que denotan un alma escogida por Dios y enamorada de Él, otros son opciones fuertes que la marcaron profundamente indicándole definitivamente el camino. El resultado ha sido una pequeña biografía eucarística, de la que emerge una presencia constante, central, enteramente de Jesús Eucaristía.

En una segunda parte he intentado penetrar en el secreto de su relación personal con Jesús Eucaristía, sencilla y profunda, con movimientos de sincero afecto y con intuiciones de alta especulación, fruto natural de una convivencia sponsal.

Las notas personales, los diarios, las confidencias con los miembros de su comunidad me han fascinado, descubriéndome una intimidad que ya no es secreta. Jesús Eucaristía entró en su vida «*más que el aire en mis pulmones, más que la sangre en mis venas*». Chiara parece suspirar de amor, en una fusión deificante: «*Jesús –le confía– cuando vienes a mi corazón, toda palabra se desvanece delante de tu presencia. Me pierdo en ti y te digo: Tú*». En él encuentra el motor de su vida: «*La Eucaristía es la que hace ir adelante, la que diviniza la jornada, la que cristifica a la persona*». De esta experiencia personalísima surge una abundante y esencial enseñanza personal, de la que la tercera parte del libro solo ofrece alguna breve muestra.

A medida que iba componiendo esta breve antología (Chiara Lubich, *Jesús Eucaristía*, Ciudad Nueva, Madrid 2014), me venían a la mente, uno tras otro, los demás puntos de la espiritualidad de la unidad. *Dios Amor* está totalmente expresado en la Eucaristía, «*la gran invención de Dios, de su amor por los hombres*», «*el Amor de los amores*». Siendo la máxima expresión de la donación de Dios, coincide con *Jesús Abandonado*: «*se produjo en mí un *chac* entre Jesús abandonado y Jesús Eucaristía*». No podemos acceder a la Eucaristía si no estamos reconciliados con los hermanos; exige el amor hacia todos. Al mismo tiempo, la Eucaristía es esencial para poder vivir el *amor al hermano*, hasta la *reciprocidad*: ella es el modelo, la causa, la fuerza. La Eucaristía forma la *Iglesia*, y al mismo tiempo la *Iglesia* forma la Eucaristía, «*y la forma a través de sus sacerdotes y del Espíritu Santo*». El mismo ideal de la *unidad* sería una utopía sin la Eucaristía, que solo ella puede realizarla. No por casualidad, recuerda Chiara, el don de la Eucaristía coincide con el del mandamiento nuevo del amor recíproco y con la oración de Jesús por la unidad.

Se supera así cualquier dicotomía: «*El culto divino y el amor a los hermanos, que compone y recompone la unidad entre ellos no pueden ir separados de ningún modo*». Los cristianos, eucaristizados, se convierten, a su vez, en eucaristía para el mundo, llevando por todas partes los gérmenes de la resurrección. De aquí surge el compromiso social, político, económico del Movimiento de los Focolares, así como la apertura al mundo de la cultura: «*De hecho, ya que la Eucaristía nos transforma en Jesús, en nosotros hechos Él se expresa el Verbo: un Verbo que es doctrina*». La creación misma alcanza su plenitud en la “nueva creación”, gracias a los cuerpos que, “comidos” por la tierra, se convierten en su “eucaristía”, germen de resurrección.

Finalmente, en la espiritualidad de la unidad de la misma experiencia de *María* surge en cierto modo de Jesús Eucaristía, como testimonio un conocido episodio de la vida de Chiara:

«Entré un día en una iglesia y con el corazón lleno de confianza le pregunté a Jesús por qué Él, que se quedó en la tierra, en todos los lugares de la tierra, en la dulcísima Eucaristía, no encontró un modo de dejar también a su madre, para nosotros tan necesitados de ayuda en el camino de la vida. Y desde el tabernáculo, en el silencio, parecía responderme: “No la he dejado porque la quiero ver en ti”».

La Eucaristía todo lo conforma y todo vuelve a ella, hasta que nos introduzca, junto con toda la creación, en el seno del Padre. Es lo que, por una singular gracia, Chiara pudo experimentar proféticamente en los inicios de su divina aventura.

Fabio Ciardi, o.m.i.

«El evangelio de Juan nos presenta el discurso sobre el “pan de vida”, que Jesús realizó en la sinagoga de Cafarnaúm, en el cual afirmó: “Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”.

Jesús subraya que no vino a este mundo para traer alguna cosa, sino para dar su vida, para nutrir a quienes tienen fe en Él. La comunión con el Señor compromete a sus discípulos a imitarlo, haciendo de nuestra existencia, con nuestra actitud, un pan partido para los demás, como el Maestro, que parte y nos da el pan que es realmente su carne...

Cada vez que participamos en la Santa Misa y nos nutrimos del Cuerpo de Cristo, la presencia de Jesús y del Espíritu Santo actúa en nosotros, llena nuestro corazón y nos comunica actitudes interiores que se traducen en comportamientos según el Evangelio.

Sobre todo la Palabra de Dios, la fraternidad entre nosotros, la valentía del testimonio cristiano, la fantasía de la caridad, la capacidad de dar esperanza a los desalentados y de acoger a los excluidos.

De esta manera la Eucaristía hace madurar un estilo de vida cristiano. La caridad de Cristo, acogida con el corazón abierto, nos cambia, nos transforma, nos hace capaces de amar, no según una medida humana, siempre limitada, sino según la medida de Dios, o sea sin medida.

Gracias a Jesús y al Espíritu, también nuestra vida se vuelve “pan partido” para nuestros hermanos. Y viviendo así descubrimos la verdadera alegría, la alegría de hacernos don, para devolver el gran don que nosotros recibimos primero sin mérito nuestro. Es bello esto, nuestra vida se hace don, esto es imitar a Jesús.

Querría subrayar estas dos cosas... La medida del amor de Dios es amar sin medida; y siguiendo a Jesús con la eucaristía, hacemos de nuestra vida un don.

Jesús, pan de vida eterna, descendió del cielo y se hizo carne gracias a la fe de María Santísima. Después de haberlo llevado en ella con inefable amor, lo siguió fielmente hasta la cruz y la resurrección. Que la Virgen nos ayude a descubrir la belleza de la eucaristía, a hacerla el centro de nuestra vida, especialmente en la misa dominical y en la adoración».

Papa Francisco, Ángelus 22 junio 2014

Cruzar juntos la puerta que nos introduce en el seno del Padre

Michel Vandeleene

El Papa Francisco, dirigiéndose recientemente a los participantes a la Asamblea general del Movimiento de los Focolares, invitó a todos a «cruzar juntos la puerta que nos introduce en el seno del Padre»¹. Es la experiencia que Dios concedió vivir hace años a Chiara Lubich e Iginio Giordani. El presente artículo la explica e indica las condiciones necesarias para que se pueda volver a hacer.

Entrar en el seno del Padre

El 16 de julio de 1949 Chiara Lubich (1920-2008) e Iginio Giordani (1894-1980) sellaron entre ellos un pacto de unidad en Jesús Eucaristía. Esto marcó para el naciente Movimiento de los Focolares el inicio de un periodo de gracias muy especiales que duró todo el verano del 49 y constituye el periodo de fundación verdadera y propia de la Obra de María (nombre oficial del Movimiento).

Giordani, a quien Chiara había dado el nombre de Foco, le había expresado el deseo de unirse a ella con un voto de obediencia. Enamorado de santa Catalina de Siena, quería “atarse corto”, emulando así a los discípulos de la santa que, aun siendo de

distintos estados de vida y comprometidos de diversas formas en la sociedad, habían ido constituyendo una “entusiasta brigada” con el fin de vivir sólo por Dios². Giordani, casado y padre de cuatro hijos, escritor, periodista y político, ansiaba la santidad. Había reconocido en Chiara a una joven elegida por Dios, depositaria de un gran carisma, una santa Catalina de nuestros tiempos. Por eso tuvo la audacia de proponerle aquel voto, con el fin de hacerse santos juntos, a semejanza de otros santos, como Francisco de Sales y Juana de Chantal.

Chiara sin embargo no entendió en aquel momento ni el porqué de la obediencia, ni la unidad entre los dos y cambió la propuesta de Foco por una petición común a Jesús Eucaristía para que fuese Él quien

estableciese entre ellos el vínculo que Él quería. Aquel día, después de haber sellado durante la misa el pacto de unidad, Dios transportó a Chiara al seno del Padre³. Era la fiesta de la Virgen María del Monte Carmelo: «Foco tenía que entrar a la sacristía para dar una conferencia a los frailes. Yo me sentí impulsada a volver a la iglesia. Entro y voy delante del tabernáculo. Y allí me pongo a rezar a Jesús Eucaristía, pero al decirle “Jesús”, no puedo. Jesús, que estaba en el sagrario, estaba también aquí, en mí, lo era yo también, era yo, identificada con Él. Por tanto, no podía llamarme a mí misma. Y allí sentí salir de mi boca, espontáneamente, la palabra “Padre”. Y en aquel momento me hallé en el Seno del Padre. Fui realmente como raptada, en un instante.

En aquel momento me pareció que mi vida religiosa debía ser diversa de la que había vivido hasta entonces: no debía consistir tanto en dirigirme a Jesús, cuanto en ponerme junto a Él, nuestro Hermano, orientada hacia el Padre.

Había entrado en el Seno del Padre, que se mostraba a los ojos del alma (pero es como si lo hubiese visto con los ojos físicos) como una vorágine inmensa, cósmica. Y todo era oro y llamas arriba, abajo, a derecha y a izquierda.

Fuera de nosotros permanecía la creación. Nosotros habíamos entrado en el Increado.

No distinguía lo que había en el Paraíso pero esto no me perturbaba. Era infinito, pero me encontraba en casa. Me pareció entender que quien me había puesto en la boca la palabra “Padre” había sido el Espíritu Santo. Y que Jesús Eucaristía había actuado verdaderamente como vínculo de unidad entre Foco y yo porque sobre nuestras dos nada solo había permanecido Él⁴.

Solo había permanecido Él. “Es casi matemático —explica Chiara en una nota a este texto—: aquí nada, allí nada, luego Jesús Eucaristía que une. ¿Qué queda? Cero más cero más Jesús: queda Jesús”. Y Jesús guía a quien se nutre de él de esta manera, sellando este pacto, allí donde Él está, es decir, en el Seno del Padre⁵.

Comenta también Chiara: «Aquí se com-

prende en qué sentido la espiritualidad colectiva (como es la nuestra) no suscita simplemente una comunidad de personas, sino que nos lleva a ser uno. De hecho, es Jesús el que nos envuelve, y permanece solo Él. Incluso la forma de rezar propia en nuestra espiritualidad, no se encuentra en otras religiones, en donde, aun rezando a una divinidad, se permanece, por decirlo así, fuera de ella. Nosotros, en cambio, entramos en Dios, en la Trinidad».

Es el efecto que produce la Eucaristía cuando se la recibe con las debidas condiciones⁶: es la participación en la vida divina, la deificación. En el verano del 49 se le ha dado a Chiara el experimentarlo y “verlo” de alguna manera con los ojos del alma, pero, cada vez que nos nutrimos de la Eucaristía dignamente, ella obra la transformación del cristiano en Jesús. Nos convertimos en lo que recibimos, aunque no lo percibamos sensiblemente.

«Esta mañana comprendí cómo es el hombre después de la Comunión: es el hombre de la Unidad. Es Dios. Es Dios en el alma y en el cuerpo: como Jesús».

«Es increíble la intensidad con la que vivíamos la Palabra. La Palabra era la vida, era el aliento. Sentíamos que teníamos que ser la Palabra, que sólo teníamos sentido siendo la Palabra. Ninguna otra cosa tenía sentido, ni las circunstancias, ni el dolor, ni la enfermedad... Todo era absorbido por la Palabra».

El mismo pensamiento se encuentra en una página fechada en octubre de 1976 en la que Chiara había resumido lo esencial de las cuatro conversaciones sobre la Eucaristía escritas para los miembros del Movimiento⁷: «La Eucaristía tiene como fin hacernos Dios (por participación). Mezclando la carne vivificada —por el Espíritu Santo— y vivificante de

Cristo con la nuestra, nos diviniza en el alma y en el cuerpo. Es decir, nos hace Dios.

Ahora bien, Dios no puede estar más que en Dios. Por eso la Eucaristía hace entrar al cristiano, que se alimenta de ella dignamente, en el seno del Padre, coloca al hombre en la Trinidad en Jesús. Al mismo tiempo la Eucaristía no hace esto con un solo hombre, sino con muchos, los cuales, siendo todos Dios, ya no son muchos, sino uno. Son Dios y todos juntos están en Dios. Son uno con Él, están perdidos en Éls⁸.

Es conveniente identificar las condiciones necesarias para poder cruzar siempre esa puerta, de modo que nos podamos establecer lo más posible, juntos, desde esta tierra, en el más allá, es decir en el seno del Padre

¿En qué condiciones?

«Tu conoces mi vida –dijo Chiara a Foco cuando le propuso sellar entre ellos el pacto de unidad en Jesús Eucaristía–, yo soy nada. Quiero vivir como Jesús Abandonado que se anuló completamente. También tú eres nada porque vives de la misma manera.

Pues bien, mañana iremos a la Iglesia y le diré a Jesús Eucaristía, que estará en mi corazón como en un cáliz vacío: “Sobre mi nada, pacta unidad con Jesús Eucaristía en el corazón de Foco. Y hazlo de modo, Jesús, que se manifieste entre nosotros esa unión que tú sabes”. Después añadí: “Y tú, Foco, haz lo mismo”⁹.

Desde hacía cinco años Chiara y sus primeras compañeras vivían con intensidad la Palabra de Vida, es decir, las palabras del Evangelio que tomaban en consideración una tras otra. Escribe al respecto: *«Es increíble la intensidad con la que vivíamos la Palabra. La Palabra era la vida, era el aliento. Sentíamos que teníamos que ser la Palabra, que sólo teníamos sentido siendo la Palabra. Ninguna otra cosa tenía sentido, ni las circunstancias, ni el dolor, ni la enfermedad... Todo era absorbido por la Palabra. Por eso en nosotras no vivía ya Chiara, Graziella, Natalia..., sino que vivía Cristo*

que es la Palabra. Esta radicalidad de vida nos hacía libres de todo condicionamiento. Habíamos encontrado la libertad en la Palabra.

La vida de la Palabra [...] provocaba en nosotras un único efecto, estar siempre en lo sobrenatural, porque estábamos muertas a nosotras mismas y vivas en Dios. Y fue este vivir intensamente la Palabra lo que nos hacía ser Jesús, individualmente y juntas, y lo que hizo posible la entrada en el Paraíso».

Después, en el culmen de aquella intensa vida de la Palabra, Chiara comprendió que en el grito del abandono de Jesús se contenían todas las Palabras del Evangelio y que el Grito era la síntesis y la expresión máxima. Entonces su vida y la de sus primeras compañeras se “limitó”, si podemos decir así, a Jesús Abandonado, a apuntar a ser como Él, Amor: *«Si no recuerdo mal, la última Palabra que habíamos vivido en aquel periodo era “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 34; Mt 27, 46). Y Jesús Abandonado se nos había presentado como la Palabra por excelencia, la Palabra totalmente explicada, la Palabra abierta completamente. Bastaba, por lo tanto, vivirlo a Él. Así todo se simplificaba. Vivirle a Él significaba vivir la nuestra nada para ser totalmente para Dios (en su voluntad) y para los demás».*

Y Chiara comenta: *«Es importante lo que digo aquí: “vivirle a Él (Jesús Abandonado) significaba vivir la nada de nosotros”. En efecto, al hacer el pacto con Foco decíamos a Jesús Eucaristía que Él pactara la unidad entre nosotros “sobre nuestra nada”, no decíamos: “sobre nuestro amor recíproco”. Pero “sobre nuestra nada” significa “sobre nuestro amor recíproco”, porque “vivirle a Él” es precisamente “vivir nuestra nada para ser totalmente para Dios y para los demás”.*

Son [por tanto] evidentes los elementos fundamentales del “pacto”: nuestra nada vivida, como Jesús Abandonado, como la medida del amor a Dios y entre nosotras; y la comunión con Jesús Eucaristía, al que pedimos que pacte entre nosotros la unidad que Él sabe.

Y sobre todo es evidente la inmensa y fundamental importancia de este “pacto” que, surgiendo con simplicidad de un acto de amor, es decir por la adhesión según nuestro espíritu a la demanda de Foco, dio comienzo a la experiencia extraordinaria del Reino de los cielos entre nosotros».

Refiriéndose de nuevo a aquel momento de la entrada en el seno del Padre, Chiara escribe: «*Jesús del hermano me da a Cristo en mí*» y explica cómo su alma, que era «una nada por sí»¹⁰, conteniendo en sí misma (por Jesús Eucaristía) a Jesús-Dios, fue Cristo porque estaba unida al hermano. Porque eran dos es por lo que Chiara alcanzó la unidad, si podemos decir así, es decir, porque eran dos es por lo que ella fue hecha realmente uno con Jesús y con Foco en Jesús.

Esto indica la importancia que tiene el hermano en la espiritualidad de la unidad. «*Jesús del hermano me da a Cristo en mí*». Porque estaban juntos, unidos en el amor recíproco, la Eucaristía produjo en ellos todo el efecto para el que fue instituida. Jesús en el hermano nos abre la puerta del cielo, él es el que nos hace posible el acceso al Paraíso, el que hace que podamos tener realmente a Jesús en medio de nosotros y, a través de su presencia, ser hechos todos por Él, que se nos da en la Eucaristía, una sola cosa en Él.

Siempre podemos nutrirnos de la Eucaristía de este modo: sellando entre nosotros el pacto formulado por Chiara y Foco el 16 de julio de 1949 y viviéndolo en la realidad de nuestra vida cotidiana. Sería el mejor modo de establecernos juntos en Dios desde esta tierra y llevar con nosotros todo lo que nos rodea.

¹ Papa Francisco, *Discurso a los participantes en la Asamblea general del Movimiento de los Focolares*, Ciudad del Vaticano, 26 septiembre 2014.

² I. Giordani, *Caterina da Siena. Un cuore che incendia dell'amore di Dio*, Città nuova, Roma 2003 (prima ed. Sei, Torino 1954), p. 139ss.

³ Cf. C. Lubich, *Vi dono il Paradiso*, en *Unità e Carismi*, XX (2010/4), p. 6.

⁴ C. Lubich, *Paradiso '49*, en AA. VV., *Il Patto del '49 nell'esperienza di Chiara Lubich. Persorsi interdisciplinari*, Città Nuova, Roma 2012. Casi todos los párrafos del *Paradiso '49* citados en este artículo están tomados de este libro.

⁵ Como confirmación de su experiencia, Chiara encontró años después este párrafo de Anselm Stolz (1900-1942): «*En la Eucaristía la más íntima unión posible con Cristo, en el sentido de una total transformación de nuestro ser en Cristo transfigurado, resulta ser una realidad sacramental [...] A aquellos que han llegado a ser semejantes a Él, Cristo los libera, de un modo sacramental, de la angustia de la existencia terrena y los conduce ante el Padre [...] Al participar en la Eucaristía, el creyente es “arrebataado” de este mundo; y es conducido por medio del Hijo al círculo de los ángeles, hasta el Padre y, en unión con el Hijo, puede acercarse a Él con la palabra (Abbà) “Padre” en sus labios*»; D. A. Stolz, *Teologia della mistica*, Morcelliana, Brescia 1947, pp. 206-207, citado en C. Lubich, *La Eucaristía*, en *Escritos Espirituales/4*, Ciudad Nueva, Madrid 1997, p. 37.

⁶ «*Pablo VI, como resumiendo lo referente a las disposiciones espirituales necesarias, dice: “En el reino eucarístico comprende quien cree y quien ama. El amor se transforma en coeficiente de inteligencia, porque finalmente es poseído. En la conquista de las cosas divinas el amor sirve más que cualquier otra de nuestras facultades espirituales” (Insegnamenti di Paolo VI, II, Poliglota Vaticana 1967, IV). Por tanto, si el que se acerca a la Eucaristía quiere estar en sintonía con este sacramento, debe tener la firme decisión de realizar con la voluntad y de un modo concreto lo que la Eucaristía significa y realiza: la unidad*» (C. Lubich, *La eucaristía*, cit. p. 49).

⁷ Id., *La eucaristía*, cit. pp. 9-58.

⁸ Id., *La doctrina epiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, p. 183.

⁹ Cf. F. Ciardi, *Sul nulla di noi, Tu*, en *Nuova Umanità*, XX (1998/2) 116, pp. 233-251.

¹⁰ Y en una nota comenta Chiara: «*Sí, es una nada querida. Porque yo decía: “soy yo”, pero me anulaba, es decir: “Si existe bueno, lo anulo; si existe una inspiración, la anulo; si existe algo malo, lo anulo (lo pongo en la misericordia de Dios); si soy yo, me anulo”. Es un acto de inspiración, la anulo; si hay algún mal, lo anulo (lo pongo en la misericordia de Dios); si yo soy, me anulo” Es un acto de anulación que hago yo. Es importante esta anulación y es necesario anular también las inspiraciones, incluso lo divino en nosotros, como Jesús Abandonado, para llegar a la unidad, a tener Jesús en medio*».

Eucaristía y Nueva Creación

Carlos García Andrade, c.m.f.

El don eucarístico constituye el gran misterio de la fe. Nos pide con particular evidencia superar con la fe el mensaje de los sentidos. Por único que parezca, sin embargo, no es un don aislado. Más aún, si se aísla del contexto que le da sentido, cae un poco en el vacío y no produce todo el fruto que contiene. Me propongo una reflexión en este sentido.

SI, como dicen los expertos en fenomenología de la religión, las características más comunes de toda verdadera experiencia del misterio divino lo hacen percibir como una realidad fascinante y, al mismo tiempo, terrible, con toda probabilidad el misterio eucarístico representa en la fe católica, la experiencia que muestra con mayor precisión esos rasgos.

Fascinante y terrible

La Eucaristía es un don maravilloso que permite a los creyentes superar los límites del espacio y del tiempo: cualquier creyente, en cualquier lugar y en cualquier época, a través de la Eucaristía, puede tener la misma relación con Jesús. Se ha dicho, y con razón, que la Eucaristía nos unifica. No solamente porque comemos el mismo pan, sino también porque de entrada nos hace a todos iguales. Cuando nos ponemos en fila

para recibir la santa comunión, no hay diferencia que resista. Hombre o mujer, esclavo o libre, rico o pobre, joven o adulto, sabio o ignorante...es ahí donde aparece nuestra mejor condición: hijos/as de Dios.

Es un don fascinante porque nos hace entender enseguida el tipo de relación y de intimidad que Jesús quiere establecer con cada creyente (“carne de tu carne, hueso de tus huesos”). Solo un Dios capaz de la locura de la cruz podía proponer una relación semejante con su criatura.

La experiencia de la “fracción del pan” fue decisiva en aquella transición que la fe de los discípulos tuvo que hacer después de la Pascua: pasar de la presencia visible de Cristo entre ellos, al descubrimiento de esta nueva presencia espiritual, real pero espiritual, no visible. Después del episodio de Emaús se comprende por qué, desde siempre, el sacramento del pan y del vino ha sido determinante para la vida de la co-

munidad cristiana. Han reconocido a Cristo en el partir el pan. Y es ahí donde nosotros debemos continuar reconociendo al Resucitado.

En la Eucaristía hay también una dimensión terrible: siendo memorial del sacrificio cruento de Cristo sobre la cruz, aun siendo expresión de amor, no deja de ser terrible.

Si se piensa bien, resulta casi inconcebible lo que la Eucaristía representa: ¡tener a Dios entre las manos! En un pedacito de pan blanco, ahí, a nuestra disposición. Eso que hombres y mujeres de todos los tiempos han buscado con tanta ansia, bien elevándose sobre las cimas más altas, bien descendiendo hasta los abismos más escondidos del espíritu humano, esa realidad inalcanzable resulta accesible, más aún, nos es dada en toda su simplicidad mediante un poco de pan y un poco de vino. ¡Y para ser comido! ¡Comer a Dios! Estamos tan habituados que tal vez ahora no estamos ya en condiciones de comprender el valor de semejante afirmación: para nosotros es algo tan simple. Pero si se piensa objetivamente, es una expresión realmente fuerte.

Otros aspectos menos evidentes

«Soy trigo de Dios, y seré molido por los dientes de las fieras para convertirme en pan puro de Cristo. Rogad a Cristo por mí, para que, por obra de estas fieras, yo me convierta en hostia para el Señor». Este precioso y famosísimo fragmento de la carta a los Romanos de San Ignacio de Antioquía (120 d.C.) nos muestra mejor que cualquier consideración, no solo la profundidad del sello que el sacramento eucarístico dejó en la experiencia de fe de los cristianos ya desde los primerísimos tiempos, sino también otro aspecto de la inteligencia cristiana del misterio eucarístico que quizá hoy no está tan claro para nosotros: todos tenemos que convertirnos en pan de Cristo.

Unidad y Carismas

La Eucaristía no pretende solo mostrar la intimidad de la comunión que Jesús quiere tener con nosotros, sino su voluntad de implicarnos en la misma dinámica de donación total que anima el don eucarístico. Recibir ese don que hace de nosotros un don para los demás.

La Eucaristía es la más clara manifestación de nuestra unidad sobrenatural, de nuestro ser en Cristo una cosa sola. Ya el mismo Pablo nos recordaba que, *«porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan»* (1 Cor 10,17). Esto significa que la comunión que Él quiere establecer con cada uno de nosotros debe vivirse también en reciprocidad con los demás creyentes. La Eucaristía nos indica también el tipo de comunión que Dios quiere que exista entre nosotros (amor recíproco para convertirnos en ese Uno que somos ante Él). Por eso no es excesivo afirmar que en la Eucaristía se expresa la realidad más profunda de la Iglesia y, por tanto, según el adagio tradicional, si la Iglesia es la que “hace” la Eucaristía, la Eucaristía, a su vez, edifica la Iglesia. Ciertamente no se termina nunca de ahondar y desentrañar los muchos aspectos de vida cristiana que se esconden tras los dones eucarísticos.

Algunos problemas reales

Esta centralidad y esta riqueza no significan que el misterio no tenga necesidad de un contexto, unas raíces que son decisivas para comprender bien el plan de Dios. Para no estropearlo o para no trabajar en el vacío. Porque, digámonoslo, no todo es bello y armonioso. No faltan los problemas.

La Eucaristía es el centro de la vida cristiana, pero ¿no se queda un poco aislada? Si se participa de la Eucaristía solo una vez en la semana ¿qué ocurre los demás días? Después, la Eucaristía depende del templo. ¿No

existe el riesgo de que los cristianos hagan la experiencia del encuentro con Dios solo una vez a la semana, cuando acuden al templo? En efecto, muchos cristianos “se sienten” verdaderos cristianos solo durante la misa dominical, pero no saben cómo hacer en la vida cotidiana. Por eso hablo de un cierto aislamiento.

Hay, después, otra pregunta elemental. ¿Por qué este sacramento parece tan ineficaz? Si miramos solamente la ciudad de Roma, y nos preguntamos cuántas personas comulgan cada domingo, probablemente la cifra llegue a cientos de miles. ¿Se consigue percibir un fruto proporcionado? Alguno dirá: ¿cómo es posible hacer una pregunta semejante? ¿Es que tenemos un instrumento capaz de escrutar las conciencias? Se comprende, sin embargo, que la pregunta no pide una respuesta científica, ciertamente inalcanzable, pero sí quiere poner en evidencia el hecho de que, mirando el número de personas que comulgan, sería normal esperarse frutos más evidentes y mayores de los que se dan.

¿Qué es lo que falta en nuestro vivir la Eucaristía? La Reforma Litúrgica después del Vaticano II nos quitó una serie de impedimentos que antes podían ser un alibi, pero deja ante nosotros una dificultad muy real. Con demasiada frecuencia se advierte una actitud individualista (por lo que algunos, apenas recibida la santa comunión, abandonan la santa misa para ir a una capilla lateral a dar gracias a Dios, recogidos en sí mismos) que parece prescindir de la importancia eclesial del sacramento. Da la impresión, por tanto, de que a la misa cada uno va sobre todo a “tomar” la comunión y que el resto no cuenta.

La transubstanciación y los demás contextos

A mi juicio, uno de los aspectos que hace

falta reformular es la relación entre el sacramento eucarístico y el designio de salvación. Porque la perspectiva tradicional, centrada excesivamente en la “transubstanciación”, da mucho relieve al aspecto de la presencia real de Cristo, pero es como si fuese una intervención siempre única, un milagro que se repite cada vez, cada día, miles de veces en todo el mundo.

La Eucaristía es la más clara manifestación de nuestra unidad sobrenatural, de nuestro ser en Cristo una cosa sola.

¡Cuánto trabajo para el pobre Jesús! La llegada de cada domingo significa un multiplicarse sin descanso de las transustanciaciones que tiene que cumplir. De acuerdo, Él es Dios, y para Dios nada hay imposible.

No pretendo valorar, ciertamente, en estas líneas la explicación que se da a propósito de la transubstanciación que, por lo demás, tiene una consistencia y una acogida en la tradición que le haría merecer un estudio más profundo. Quiero, sencillamente, poner de relieve que esta explicación tiende a aislar el momento decisivo de la epiclesis y de la consagración –la intervención directa de Dios a través de los gestos y las palabras del sacerdote– del resto de la celebración y también del resto de la vida, y esto me parece un planteamiento reductivo.

La Eucaristía no se puede aislar de su contexto ritual originario (celebración de la Pascua) y tiene sus raíces profundas tanto en los sacrificios de comunión presentes en la Antigua Alianza, como en la conducta de Jesús (las comidas con los pecadores). Tiene una decisiva importancia eclesial. No podemos profundizar aquí estos aspectos.

tos, pero nos ayudan a entender que el contexto es muy importante.

La Eucaristía comporta también toda una simbología material pero de profundo valor eclesial (los granos de trigo, molidos, se convierten en pan; las uvas, exprimidas, se convierten en un único vino) y expresa una simbología humana (se come y se bebe juntos no casualmente sino con una precisa finalidad). No me parece justo descuidar estos aspectos al considerar el sacramento. Son aspectos sin duda menos centrales que la consagración, pero son en todo caso, también ellos, constitutivos de la Eucaristía.

La Eucaristía expresión de la Nueva Creación

A mí me interesa especialmente el vínculo entre la Eucaristía y la creación. La Eucaristía nos dice que Dios se hace pan, o sea, una realidad material. Y esto nos habla sobre todo de la radical solidaridad que la encarnación comporta. Dios se hace “cosa”, no solo hombre.

Pero tal vez nos indica también algo diferente. El Cristo que se hace presente en los dones eucarísticos no es el Verbo encarnado sino el Verbo resucitado. Como es el Verbo resucitado quien nos dice de nuevo sus palabras cuando se lee la Revelación, o se hace presente donde dos o más discípulos se reúnen en su nombre (Mt 18,20). ¿Cuál es la relación entre el Resucitado y la Eucaristía?

La resurrección-exaltación de Cristo comporta que el Verbo retome la dimensión de su divinidad de que se había despojado para hacerse hombre: la infinitud, la eternidad. Significa que ya no es el mundo el que contiene a Cristo sino más bien lo contrario: es Él quien contiene en sí todo el universo creado.

Toda la creación hace referencia a Él. Si

Gaudium et Spes en el n° 22 nos recuerda que el Verbo, mediante su encarnación, se ha unido en cierto modo a toda la humanidad, se debe decir también que el Verbo encarnado, mediante la resurrección-exaltación, ha llevado consigo al seno de la Trinidad no solo la humanidad sino también toda la creación, que ahora encuentra en Él una nueva raíz («todas las cosas... se mantienen en Él», Col 1,17). Eso significa que toda la creación –incluso el fruto del trabajo del hombre– hace referencia a Él por el simple hecho de existir.

Desde esta perspectiva, para comprender mejor la Eucaristía, en vez de proponer una intervención divina milagrosa que cada vez muta la naturaleza de la realidad cambiando la sustancia, es posible proponer que en la Eucaristía sencillamente *aparece la verdadera naturaleza de la realidad*, tal como es realmente según el designio de Dios. El pan y el vino expresan su raíz profunda: el Resucitado, al cual hacen referencia directa.

Por tanto, con las palabras y los gestos del sacerdote no se “genera” algo que antes no existía, sino que se abre de par en par y se muestra la verdadera realidad de la creación que ya existe y encuentra en el Resucitado su autenticidad.

Creo que es posible y adecuado utilizar el mismo razonamiento cuando se habla de la materia de los demás sacramentos (el agua, el aceite): su virtud deriva no tanto de “decretos milagrosos” de Dios que conceden poderes impensables a realidades creadas, sino de que estas realidades creadas dependen de la voluntad del Resucitado, al que hacen referencia de modo estructural. No es posible separar esta acción sacramental de los otros “lugares” en que está presente el Resucitado: el hermano, la Palabra, la comunidad cristiana, el dolor. Todos esos lugares expresan la nueva relación entre Dios y la creación que no tiene otra realidad que la de ser “en” Cristo resucitado.

Esta perspectiva expresa la exigencia de no separar la creación de la salvación, como si la creación fuera solamente el decorado, el escenario teatral donde se desarrolla el drama de la salvación, pero sin participar de ella. No es así. Como soñaba Teilhard de Chardin, la naturaleza, la materia, pertenecen al designio de Dios; también las cosas tienen el anhelo del Resucitado porque están destinadas a participar en la salvación.

La Eucaristía lleva a plenitud la unidad que cada uno tiene con el Resucitado, encontrado y amado en sus diversos modos de manifestarse.

Y si este profeta, en uno de sus primeros escritos (*La Misa del mundo*), nos hacía partícipes de su atrevida experiencia de celebrar una especie de misa en las estepas de Asia, sin pan, sin vino y sin altar, pero apoyado «sobre el altar de la Tierra total» y empleando como especies eucarísticas «el trabajo y la pena del Mundo», no lo hizo como manifestación de una falta de distinción entre Dios y la creación, sino porque había comprendido como nadie la presencia del Resucitado que, bajo todas las cosas, lleva a término el proceso de recapitular todo en sí.

La Nueva Creación no es una realidad que tengamos que relegar al fin de los tiempos. Se trata de una realidad ya iniciada con la Resurrección del Señor, desarrolla un proceso de concentración y de unificación de la creación a partir del Resucitado y hacia el horizonte del “pleroma”, cuando Dios será, gracias al Cristo, todo en todos. Constituye por tanto el marco en que la Eucaristía, como las demás expresiones de la presencia del Resucitado, resulta viva, real, no ilusoria, por lo menos para quien intenta vivir la propia fe.

Respuesta a los desafíos

Alguno podría pensar que, en este planteamiento, desaparece la conocida primacía que la tradición eclesial ha dado a la presencia real de Jesús bajo las especies sacramentales. Pero fue ya el beato Pablo VI el que dijo que «*tal presencia (la eucarística) se llama “real” no por exclusión, como si las demás no fueran reales, sino por antonomasia*» (*El misterio de la fe*, n. 40).

En realidad lo que aparece en este nuevo horizonte es que, si muchas veces parece que la Eucaristía no es muy eficaz, esto depende precisamente de la falta de convergencia con las demás formas de presencia del Resucitado.

Quiero decir que el carácter marcadamente simbólico del don eucarístico que representa el Cuerpo de Cristo (la Iglesia junto con su Cabeza) tal como es, tiene la función de llevar a plenitud las demás presencias de Cristo, pero sin ellas no puede expresar todas sus potencialidades.

¿Qué quiero decir? Está claro que si la Eucaristía es recibida por una comunidad verdaderamente unida por el amor recíproco, donde, por tanto, está ya la presencia del Resucitado, la Eucaristía es entonces como la gasolina que cae sobre el fuego. De otra manera, si se celebra en una comunidad en la que no existe la unidad ni el amor, es gasolina sobre la arena. La Eucaristía lleva a plenitud la unidad que cada uno tiene con el Resucitado, encontrado y amado en sus diversos modos de manifestarse. Si falta esto, la Eucaristía no puede llevar a plenitud lo que no existe. Me parece entonces que se llega a comprender mejor la Eucaristía y a superar los problemas a que antes nos referíamos solo si se vive con esta perspectiva y partiendo de estos presupuestos. Por otro lado, no hay que asombrarse de esto que es un aspecto de la forma trinitaria: unidad en la distinción.

La Misa no ha terminado

Amedeo Ferrari, o.f.m.conv.

El carisma de la unidad demuestra que la celebración eucarística continúa en una especie de liturgia de la vida. En la celebración los cristianos reciben el mandato de ser Eucaristía para el mundo y de este modo hacer que vuelva al seno de la Trinidad.

EL título de este artículo puede parecer provocativo y crear una cierta curiosidad por saber el motivo del mismo. Los fieles que asisten normalmente a la Misa suelen escuchar como saludo final, al terminar la celebración: «*La misa ha terminado, id en paz*», u otros saludos semejantes.

En realidad, la despedida que se pronunciaba al final de las reuniones de las primeras comunidades cristianas, después de haber escuchado la Palabra de los apóstoles y haber partido el pan, era más bien un mandato: id a llevar “el pan partido” (la Eucaristía) a los hermanos y hermanas que no han podido participar. El partir el único pan eucarístico era precisamente lo que realizaba la unidad entre los cristianos: «*Tenían un solo corazón y una sola alma*» (Hch 2, 42-48; 4, 32). Es sabido que a lo largo de los siglos, la realidad de la Eucaristía siempre ha sido tenida no solo como el tesoro más precioso que guardar, sino también la fuente y el culmen de la vida de la Iglesia. Y el Espíritu

Santo, a lo largo de los siglos, no ha dejado de suscitar experiencias personales y comunitarias que con su espiritualidad han contribuido a penetrar los múltiples contenidos del misterio Eucarístico.

A la luz del carisma de la unidad, que el Espíritu ha dado a la Iglesia y a la humanidad de hoy, quisiera presentar las razones que justifican el título de este artículo. De hecho, el carisma de la unidad permite descubrir el fin específico por el cual Jesús se hace Eucaristía como sacramento de unidad, y, al mismo tiempo, tomar conciencia de los frutos que la Eucaristía provoca en los fieles que la reciben con las debidas disposiciones. De la celebración se pasa a la liturgia de la vida.

La Unidad – la Eucaristía

La espiritualidad de la unidad nace de la oración que Jesús dirige al Padre después de la última cena: «*Que todos sean uno como*

yo y tú» (Jn 17, 21). Y la experiencia de la presencia de Jesús por el amor recíproco declarado y vivido, lleva a Chiara Lubich a afirmar: «Jesús, habiéndose puesto en medio de nosotros, nos enseñó la unidad. Hizo que nos penetrara, justamente la del Testamento de Jesús»¹.

Y justamente será el Pacto de unidad², en Jesús Eucaristía, lo que permitirá entrar en la Eucaristía y experimentar sus frutos, y al mismo tiempo descubrir que la Eucaristía es el artifice de la unidad. De hecho, existe una trabazón maravillosa entre la Eucaristía y el ideal de la unidad. Para Chiara, «ningún misterio de la fe tiene que ver con la unidad como la Eucaristía»³. La Eucaristía abre la unidad y desentraña todo su contenido. El P. Jesús Castellano, o.c.d., profundo conocedor del misterio eucarístico, después de haber afirmado que «los cristianos que se nutren de la Eucaristía viven de la misma vida trinitaria que hay en Jesús», refiriéndose a la experiencia eucarística de Chiara, escribe: «Tal vez sea la primera vez en la historia de la Iglesia que se haya realizado una experiencia eucarística y trinitaria tan profunda correspondiente con la relación del pan de vida en el Evangelio de Juan (Jn 6). [...] Así podemos decir que la Trinidad, mediante la Eucaristía, llega a nosotros como en un triple y maravilloso fluir de la única fuente, que es la vida del Padre por Cristo en el Espíritu»⁴.

Primer efecto: la deificación

Desde siempre, los Padres de la Iglesia han sostenido que la Eucaristía va más allá de la unión realizada en el bautismo y llega a una asimilación sustancial del fiel con Jesús. El creyente es transformado en lo que recibe; recibiendo el mismo Cuerpo de Jesús, es transformado en Jesús, es «asimilado a su propia sustancia»⁵. Ya santo Tomás afirmaba: «El efecto propio de la Eucaristía es la transformación del hombre en Dios»⁶. Chiara Lubich, después de haber experimentado esta identificación con Jesús, dirá explícitamente:

«La Eucaristía tiene como fin hacernos Dios (por participación), mezclando las carnes vivificadas por el Espíritu Santo y vivificantes de Cristo con las nuestras, nos diviniza en el alma y en el cuerpo. Nos hace, pues, Dios»⁷. Según san Julián Eymard: «Es una unión inefable, que viene inmediatamente después de la unión hipostática»⁸. Esta experiencia mística puede hallarse en los escritos de varios santos y santas⁹.

Un efecto tan extraordinario no puede terminar con la bendición final de la celebración litúrgica. Por eso podemos decir que «la misa no ha terminado», porque continúa en la vida. Si creemos en lo que la Eucaristía obra, es evidente que el creyente no puede seguir a impulsos de su yo, porque, ahora, su verdadero yo es Jesús. Y con razón, después de la Eucaristía, el cristiano puede y debe decir con Pablo: «yo vivo, pero ya no soy yo quien vivo, es Cristo el que vive en mí» (Ga 2, 20).

Entonces, ¿cuál debe ser el comportamiento del cristiano después de haber participado en la Eucaristía? Jesús puede vivir solo como Jesús: ser Jesús que reza, Jesús que trabaja, Jesús que estudia, que hace de abogado, de artesano, de agricultor, de médico, de sacerdote. El lema de Pablo: «Para mí, vivir es Cristo» (Flp 1, 21) debe convertirse en la razón del ser y del obrar del creyente, y esto le permitiría permanecer siempre en lo divino, cumpliendo cuanto es necesario para la vida aquí en la tierra. Es lo que comenzó a hacer el santo Eymard: «Tengo que anularme frente a todo deseo mío, a todo interés personal, y no tener sino los de Cristo, que está en mí, y vivir en Él para su Padre. Él se da en la comunión para estar en mí de este modo»¹⁰.

La divinización que acontece con la asimilación del cristiano en Jesús Eucaristía no afecta solo al alma, sino que implica a toda la persona en su conjunto, llegando al cuerpo y a la psique, a los impulsos, a las emociones y sentimientos. Toda la persona es divinizada. ¿Cuáles son, pues, las consecuen-

cias? El cristiano ha de saber que si bien su cuerpo, con toda la realidad psico-afectiva, es divinizado, debe mirarse de otro modo. Ya no puede pensar en usar los impulsos, los deseos, la afectividad, la sensibilidad, la sexualidad, para su satisfacción egoísta. Porque la Eucaristía ha transformado la persona en su realidad más profunda: ser don de amor a Dios y a los hermanos.

Cómo vivir como Jesús

Dos son las formas que me parecen más simples y concretas que permiten continuar siendo Jesús: vivir la Palabra y amar con el mismo amor con el que Jesús nos ha amado.

La Palabra

San Agustín instruía a los cristianos a poner al mismo nivel la presencia de Jesús en la Eucaristía y la de Jesús en la Palabra. Aunque las formas de presencia son diversas, lo importante es que sea el mismo Jesús. Toda Palabra de Jesús tiene el poder de hacer cuanto dice; la Eucaristía no es sino una Palabra realizada. «Y puesto que la Palabra es Cristo, engendra a Cristo en nuestras almas y en las almas de los demás»¹¹. El beato Pablo VI escribía a este respecto: «¿Cómo se hace presente Cristo en las almas? [...] A través de la palabra vivida pasa el pensamiento divino, pasa el Verbo, el Hijo de Dios hecho hombre»¹². Por tanto, si dejamos que su Palabra viva en nosotros, Jesús sigue viviendo en los cristianos. Clemente de Alejandría llega a afirmar: «Quién obedece al Señor y vive las Escrituras es transformado a imagen del Maestro; llega a vivir “como Dios en carne”»¹³.

Como yo os he amado

Hay una segunda forma de que el creyente siga siendo Jesús después de la celebración litúrgica: ama con el mismo amor de

Jesús. La Eucaristía hace partícipes a los fieles que la reciben del Ágape que se da en el corazón de la Trinidad. Si, al salir de la iglesia, los cristianos dejan que sea la caridad la que ame a los hermanos y hermanas, o sea, dejan que sea Dios quien ame en ellos, entonces la Eucaristía continúa actuando a través de los cristianos. «La unión con Cristo a la que se ordena este sacramento [...], ha de prolongarse durante toda la vida cristiana»¹⁴. P. J. Castellano afirma que «el mundo no recibe tanto el anuncio de Jesús desde la Eucaristía cuanto desde la vida de los cristianos nutridos por ella y por la palabra»¹⁵. «La vida de los cristianos, gracias a la Eucaristía, se convierte en la vida de Jesús, una vida, por tanto, capaz de dar el amor, la vida de Dios a los demás, capaz de salvar, ya que es la misma vida de Jesús la que se comunica a la comunidad y a cada miembro de la misma»¹⁶. Así pues, la exigencia que el cristiano recibe de la Eucaristía es llevar a todas partes —a casa, por la calle, a la fábrica, a la tienda, a la universidad, al partido, al club deportivo, al convento, a la parroquia— el amor que la Eucaristía ha derramado en su corazón.

Además, quien celebra la Eucaristía ha de saber que no comunica un amor cualquiera sino el mismo amor vivido por Jesús en la cruz, un amor que lleva al sacrificio de sí por amor a los demás, por eso el mandamiento de Jesús comprende la realización del “como”: «Amaos como yo os he amado» (Jn 15, 12). Lo confirma el beato Pablo VI cuando escribió que Jesús nos ha amado hasta el punto «de hacernos de tal modo partícipes personalmente de su sacrificio redentor»¹⁷.

Es imposible participar en la celebración eucarística y no ser conscientes de que somos enviados a dar la vida por la Iglesia y por el mundo, a ser con Jesús Eucaristía sacrificio. Expresa muy bien esta realidad el teólogo Emile Mersch cuando escribe: «El acto de Cristo, en el cual la Eucaristía asemeja a los cristianos, es su sacrificio. Ella, por tanto,

Unidad y Carismas

hace que también ellos sean sacrificio; que sus vidas sean un sacrificio, que continúa el sacrificio de la cabeza; [...] este redentor, este Cristo [...], es Cristo en el acto supremo de su amor; Cristo que, en cierta manera, estalla de amor, para ser totalmente obediente al Padre y ofrecimiento completo a los hombres. Es esta explosión la que penetra en los cristianos para transformarlos en ella».

Y continúa: «Se honra más a la Eucaristía mediante la entrega al prójimo que con hermosas ceremonias, aunque estas también son necesarias»¹⁸.

Segundo efecto: en el seno del Padre

Un segundo efecto que el cristiano experimenta comulgando con Jesús Eucaristía es una especie de traslación. Jesús, después de haber asemejado al fiel consigo, lo lleva adonde Él está: al seno del Padre. Escribe Chiara: «Dios no puede estar más que en Dios. He ahí por qué la Eucaristía hace entrar al hombre que dignamente se ha alimentado de ella, en el seno del Padre, coloca al hombre en la Trinidad en Jesús»¹⁹. El teólogo Stolz, en su libro *Teologia della mística*, escribe: «A aquellos que han llegado a ser semejantes a Él, Cristo los libera, de un modo sacramental, de la angustia de la existencia terrena y los conduce ante el Padre... Al participar en la Eucaristía, el creyente es “arreatado” de este mundo, y conducido por medio del Hijo al círculo de los ángeles, hasta el Padre y, en unión con el Hijo, puede acercarse a Él con la palabra (Abba) “Padre” en sus labios»²⁰.

Si la Eucaristía nos lleva a una relación privilegiada con el Padre, es evidente que el cristianismo adquiere otra dirección: no quedarnos en Jesús, sino, siendo hijos en el Hijo, estar en Él siempre vueltos al Padre, para responder a su amor, para hacer su voluntad.

Además, si el cristiano es llevado fuera de sí al seno del Padre y, como afirma Juan, «Jesús permanece en él» (Jn 6, 56), ¿en qué ac-

titud tiene que seguir viviendo terminada la celebración litúrgica? Si ha sido llevado al seno del Padre, es allí donde debe seguir viviendo cuando salga de la iglesia. Hay un solo modo que indica el mismo Juan: «Quien permanece en el amor permanece en Dios» (1Jn 4, 16). Jesús dice a sus discípulos: «Si observáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (Jn 15, 9-11). Igualmente los cristianos, viviendo el amor recíproco, síntesis de los mandamientos de Jesús, permanecen en el amor, en Dios, permanecen en la Eucaristía y la Eucaristía sigue permaneciendo en los creyentes.

Tercer efecto: ser Jesús-Iglesia

La Eucaristía no solo produce la divinización y la incorporación en el individuo, sino en todos los que la reciben con las debidas condiciones, por lo cual, como verdadero sacramento de unidad, realiza la unidad entre los hombres en Jesús. «La Eucaristía, que hace su efecto a partir de nuestro amor recíproco: nos hace uno, Cristo, [...] todos Cristo»²¹.

La esencia del ser Iglesia es justamente no ser ya muchos, sino un solo Jesús. La Iglesia, como afirma con evidencia Chiara Lubich: «Es el uno provocado por el amor recíproco de los cristianos y por la Eucaristía. La Iglesia está formada por hombres divinizados, hechos Dios, unidos a Cristo que es Dios y entre ellos. Si quisiéramos verlo todo de un modo humano, es decir, en términos humanos –con un ejemplo que usa la Escritura– la Iglesia es un cuerpo cuya cabeza es Cristo glorioso»²².

Ahora bien, ser Cuerpo de Cristo, Iglesia comunión, no es un bonito concepto teológico, sino la realidad más profunda de la comunidad cristiana, donde Jesús no solo está presente en cada uno, sino que Él es el motor que pone en relación las células del

Cuerpo. «Donde dos o más está unidos en mi nombre, allí estoy yo presente en medio de ellos» (Mt 18, 20). Por eso, después de la Eucaristía, los cristianos están “obligados” a pasar del yo al nosotros, del nosotros a Jesús en medio. Después de la Eucaristía, los cristianos encuentran su conciencia dilatada sobre la Iglesia y sobre la humanidad, por lo que ninguno puede actuar como individuo separado del Cuerpo. En un cuerpo todas las células viven la ley de la reciprocidad comunicándose todo; además cada miembro aprende a actuar no para sí, sino para el bien de todo el cuerpo eclesial y social. Escribe san Juan Crisóstomo: «Si mediante un mismo alimento llegamos a ser todos la misma cosa, ¿por qué no testimoniar, todos nosotros, el mismo amor, para llegar a ser uno también en esto?»²³. «Los unos y los otros [miembros] existen menos para sí mismos que para la unidad»²⁴.

Conclusión

Tendríamos otros efectos producidos por Jesús Eucaristía que reforzarían aún más la prolongación de la celebración en la liturgia de la vida, pero que ahora no podemos profundizar. Después de haber tomado conciencia de la realidad abismal contenida en la Eucaristía y de cuanto obra en los que la reciben, hay que concluir que quien participa en la celebración recibe un mandato: ser Eucaristía para los demás. Y así como Jesús vino a la tierra con el precioso mandato de ofrecer a la humanidad la vida trinitaria, así quien participa en la Eucaristía recibe el mandato de ir a la humanidad para construir relaciones trinitarias, viviendo la reciprocidad del amor capaz de generar la presencia de Jesús. Escribe Chiara Lubich: «Si dos o más viven el amor recíproco, no solo mora la Trinidad en cada uno de ellos (cf. Jn 14, 23), sino que en tal unidad hay una única Trinidad donde los dos están

como el Padre y el Hijo y entre ellos está el Espíritu Santo»²⁵.

¹ Cf. C. Lubich, *Todos uno*, en *Escritos espirituales/3*, Ciudad Nueva, Madrid 1998.

² Cf. Artículo de Michel Vandeleene en este mismo número, p. (Colocar número de página en última redacción)

³ C. Lubich, *La Eucaristía*, en *Escritos espirituales/4*, Ciudad Nueva, Madrid 1997.

⁴ Cit. en *ibid.*

⁵ Cit. en *ibid.*

⁶ Tomás de Aquino, *Sent*, IV, dist. 12, q. 2, a. 1; cf. León Magno, *Serm*, 7 (PL 54, 357).

⁷ C. Lubich, *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002.

⁸ Julián Eymard, *La presenza reale*, Opere Eucaristiche, Torino 1967.

⁹ Cf. Teresa del Niño Jesús, *Poesías*, 19, 3. «Cada mañana transforma en sí una blanca partícula para comunicarnos su vida; más aún, con un amor aún mayor te quiere transformar en éb».

¹⁰ J. Eymard, *Oeuvres Complètes*, NR 40, 119, Centro Eucarístico – Nouvelle Cité, París 2008.

¹¹ C. Lubich, *Palabra de vida*, en *Escritos espirituales/3*, cit.

¹² Del discurso de Pablo VI a la parroquia de San Eusebio, 26.02.1967.

¹³ Clemente de Alejandría, *Stromatum*, lib. VII, c. 16 (PG 9, 539, C).

¹⁴ Cit. en C. Lubich, *La Eucaristía*, en *Escritos espirituales/3*, cit.

¹⁵ J. Castellano, cit. en *ibid.*

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Cf. *Las enseñanzas de Pablo VI*, BAC, Madrid 1967, IV.

¹⁸ E. Mersch, *La theologie du Corps Mystique*, II, Desclée de Brouwer, París 1954, pp. 329-330.

¹⁹ C. Lubich, *La doctrina espiritual*, cit.

²⁰ A. Stolz, *Teología de la mística*, Rialp, Madrid, 1952. Cit. C. Lubich, *La Eucaristía*, en *Escritos espirituales/4*, p. 37.

²¹ C. Lubich, *Jesús Eucaristía*, Ciudad Nueva, Madrid 2014, p. 13.

²² *Ibid.*, p. 25.

²³ Juan Crisóstomo, *In 1 Cor*, hom. 24, 2.

²⁴ *Ibid.*, 31, 2.

²⁵ C. Lubich, *Escrito 6.11.1949*, cit. en Judith. M. Povilus, *Jesús en medio en el pensamiento de Chiara Lubich*, Ciudad Nueva, Madrid 1988, p. 72.

El voto de la personalidad en san Pedro Julián Eymard

Manuel Barbiero, s.s.s.

A san Pedro Julián Eymard (1811-1868) se le conoce como un eminente apóstol de la Eucaristía. Fundó dos familias religiosas, los Religiosos y las Esclavas del Stmo. Sacramento; promovió la comunión frecuente y el lugar central del misterio eucarístico en la vida personal del cristiano y en la vida de la Iglesia. En este artículo presentamos una experiencia espiritual suya, considerada como el vértice de su camino: el voto de la personalidad.

Responder al amor

La “fe viva” en la Eucaristía introdujo al P. Eymard en la misma dinámica de amor que condujo a Cristo a dar su vida por la salvación del mundo. Nunca dejó de meditar ni de predicar la inmensidad de este amor que le afectaba personalmente: «Él me ha amado, se ha ofrecido por mí: el amor crea la identidad de vida»¹, «el amor está en el intercambio recíproco» (NR 44, 120). Sintió que este amor exigía darlo todo, como Cristo, que se nos dio totalmente, que nos amó hasta el extremo. El Espíritu Santo condujo al P. Eymard a esta última meta, totalmente interior: el voto de la personalidad, la entrega total de sí mismo.

Al término de su primer retiro hecho en Roma, escribía: «Finalmente he comprendido que Dios prefiere un acto de mi corazón, la entrega de mi persona, a todo lo que puedo hacer de exterior; he comprendido que para Él un acto interior es más glorioso y amable que todo el apostolado del mundo» (NR 42, 9). Era el 24 de mayo de 1863, día de Pentecostés, cuando escribía estas notas. La fiesta tiene su importancia.

Dos años después (1865), también en Roma, con ocasión de otro retiro, vuelve la misma intuición: «Nuestro Señor me ha hecho comprender que prefiere la entrega de mi corazón a todos los dones exteriores que podría hacerle, aunque fuera el darle los corazones de todos los hombres, pero sin darle el mío» (NR 44, 29).

Roma y la cuestión del Cenáculo de Jerusalén

El P. Eymard está en Roma para realizar un proyecto muy querido: fundar una comunidad de la Congregación en Jerusalén, y, si es posible, en el mismo Cenáculo, el lugar donde Jesús instituyó la Eucaristía. Pero, dado que los trámites iban para largo, aprovecha el tiempo disponible para hacer un retiro espiritual.

Este retiro puede interpretarse como un diálogo continuo entre el P. Eymard y Jesucristo que se nos da en el misterio de la Eucaristía. Comprende que no puede responder a un don semejante si no mediante la entrega de sí mismo: «*En el don de mí mismo está el verdadero y único amor*» (NR 44, 9); «*Hijo mío, dame tu corazón*» (NR 23, 26).

«Finalmente he comprendido que Dios prefiere un acto de mi corazón, la entrega de mi persona, a todo lo que puedo hacer de exterior; he comprendido que para Él un acto interior es más glorioso y amable que todo el apostolado del mundo».

De hecho, todo el retiro está marcado por el don, el intercambio y el amor recíproco. La palabra *don*, el verbo *dar* y *darse* se repiten continuamente en sus apuntes personales y constituyen como el hilo conductor del retiro. Se encuentran a menudo en sus notas referencias a la Palabra de Dios del día, a la celebración de la misa, a la comunión y a la adoración en espíritu y en verdad. Estos momentos constituyen para él la ocasión para donarse de nuevo al amor de Jesucristo y para renovar el don de sí (cf. NR 44, 78, 99). Vive constantemente en un clima de oración.

«*¡He encontrado el secreto!: dar a Nuestro*

Señor mi yo sin condiciones. Se lo he dado y le he jurado ante el Santísimo Sacramento en el momento de la consagración. Mis lágrimas lo han sancionado» (NR 44, 42).

El voto de la personalidad

En la acción de gracias después de la misa del 21 de marzo de 1865, respondiendo al amor de Cristo revelado y manifestado en la Eucaristía, Eymard hace el voto de su personalidad. Retoma y rehace un texto del *Catecismo cristiano para la vida interior*, de M. Olier, un eminente representante de la escuela francesa de espiritualidad; lo pone en primera persona y hace decir a Jesucristo, como en un diálogo:

«*Yo llenaré tu alma de mis deseos y de mi vida que consumirá y anulará en ti todo lo que te pertenece, de modo que seré yo quien viva y lo desee todo en ti, en tu lugar. Y así, tú serás revestido totalmente de mí. Serás el cuerpo de mi corazón; tu alma será las facultades activas de mi alma; tu corazón será el receptáculo y el latido de mi corazón. Yo seré la persona de tu personalidad, y tu personalidad será la vida de la mía en ti. “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” [Ga 2, 20]»* (NR 44, 119).

Expresa de este modo el deseo de consagrarse a Cristo y vivir plenamente de su vida. En sus apuntes, en dos ocasiones hay una referencia a la comunión: «*Para estar así en mí, se entrega en la santa Comunión. Como el Padre, que tiene la vida, me ha enviado y yo vivo por el Padre, así también el que me come vivirá por mí [Jn 6, 57]... Así, mediante la comunión, tú vivirás para mí, porque yo estaré vivo en ti»* (NR 44, 119).

La Eucaristía es la fuente del don de su personalidad. Es también el modelo y el medio; de hecho, ella nos comunica la vida que el Hijo tiene del Padre. El que recibe la comunión, vivirá *por* y *a través* de Jesucristo (cf. Jn 6, 57), que estará vivo en él: «*es lo que quieren decir estas palabras de*

Jesús: El que me come, vivirá por mí (Jn 6, 57); por: o en el sentido de por medio de mí como principio, ley, inspiración, o también por mí como fin, al serme grato y prefiriéndome a todo» (NR 44, 80).

La transformación del hombre en Dios

Gracias al don de la personalidad, se realiza en el P. Eymard el efecto propio de la Eucaristía: la transformación en Jesucristo, la transformación del hombre en Dios. Es lo que han afirmado los santos, como Tomás de Aquino, o el Concilio Vaticano II: «*La participación del cuerpo y sangre de Cristo no hace otra cosa sino que pasemos a ser aquello que recibimos*» (*Lumen gentium* 26).

La Eucaristía hace de nosotros un solo cuerpo y una sola sangre con Cristo. No se da una unión física, sino una unión de nuestro ser con el cuerpo glorioso de Cristo, que está presente en la Eucaristía. Somos realmente un solo cuerpo, pero en un sentido nuevo, místico. La Eucaristía nos transforma en Jesús; sus facultades, sus sentimientos, su modo de pensar, su manera de actuar se hacen nuestros.

«Esta vida que la Eucaristía comunica, no es otra cosa que la vida misma de Jesucristo, que ella [la Eucaristía] forma y lleva a perfección en nosotros» (PG 319, 1). «La comunión sacramental es la vida de Jesucristo en nosotros; mediante la comunión, Jesucristo nace, crece y actúa en nosotros» (PO 12, 3).

El P. Eymard, que había llegado a Roma para «*la gran y colosal cuestión*» del Cenáculo de Jerusalén, tiene que aceptar la imposibilidad de realizar su proyecto. Pero se da cuenta de que Dios le manifiesta otra voluntad y le brinda iluminaciones interiores mucho más grandes y valiosas: la adoración en espíritu y en verdad, el alma que se vuelve Cenáculo interior («*el cenáculo en mí y la gloria de Dios en mí*» NR 44, 23), morar en el amor, la vida de Jesucristo en él que se

convierte en el yo de su personalidad, «*el yo de mi yo*» (NR 44, 80). Ahora ve más claramente que el Reino de Dios comienza en nosotros, que está en lo más profundo del corazón del hombre que vive la vida eucarística, que la conformidad a Cristo presente en la Eucaristía consiste en unirse totalmente a Él: «*Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*» (Ga 2, 20). Utilizando el lenguaje de la mística, podemos decir que,

«Esta vida que la Eucaristía comunica, no es otra cosa que la vida misma de Jesucristo, que ella forma y lleva a perfección en nosotros». «La comunión sacramental es la vida de Jesucristo en nosotros; mediante la comunión, Jesucristo nace, crece y actúa en nosotros».

mediante el don de sí, el P. Eymard recibe una gracia de transformación que lo renueva interiormente, lo hace entrar en la profundidad del misterio pascual y lo lleva a participar de un modo nuevo en la vida de la Trinidad.

Jesucristo «*quiere glorificar a su Padre en cada uno de nosotros*»

El P. Eymard escribe en sus notas: «*Este voto [de la personalidad] ha de ser el más grande, el más santo entre todos los demás, porque es el voto de mi yo, y de mi yo libre de entregarse y volver a entregarse siempre. [...] ¡Oh alma mía, tú serás los miembros, las facultades de Jesucristo, a el fin de que Él viva y actúe en todo para la gloria de su Padre. Nuestro Señor desea esta unión para mejor glorificar a su Padre en la tierra, encarnándose de algún modo en cada cristiano, a fin de llegue a ser como la personalidad divina [...]. Así pues, Nuestro Señor quiere revivir en nosotros y continuar a través de nosotros la glorificación de su Padre. [...] Entonces, gracias*

a esta unión, nuestras acciones son las acciones de Nuestro Señor» (NR 44, 120.121).

El voto de la personalidad, el don de sí, se vuelve *la clave* de interpretación de toda la vida del P. Eymard (cf. NR 44, 10), «*el nuevo camino*» (cf. PR 111, 2), la virtud característica que propone a sus seguidores. Es la gracia de la santidad mediante la Eucaristía: «*Comulgando el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo se nos hace partícipes de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente*» (Sacramentum Caritatis 70).

Esta vida de *conformación* y de *unión* a Cristo apasiona al P. Eymard. Estos temas están muy presentes en los días siguientes al voto de la personalidad. «*He meditado—escribe— sobre la unión de Nuestro Señor con nosotros. Unión que debe ser la vida de mi voto de la personalidad. [...] Nuestro Señor viene a nosotros sacramentalmente, para vivir en nosotros espiritualmente*» (NR 44, 121. 126).

«Es preciso que yo esté unido a Nuestro Señor Jesucristo como lo estaba su naturaleza humana bajo la guía de su persona divina, como estaba Jesucristo totalmente sometido a su Padre. Pero para llegar a esto, hay que estar unidos con una unión de vida recibida, comunicada».

Cristo lo atrae sin descanso hacia esta vida de unión. «*Él quiere ser toda mi vida*» (NR 44, 1214), dice. «*Él quiere verdaderamente santificarnos para unirnos a Él y hacernos vivir de su vida*» (NR 44, 121). En efecto, la vida espiritual es el crecimiento de la vida nueva de Jesucristo en nosotros. Medita sobre la alegoría de la vid y de los sarmientos (cf. Jn 15, 1-8), la enseñanza de san Pablo acerca el Cuerpo de Cristo, del cual somos miembros (cf. ICo 6, 15 y 12, 27), y la afirmación de san Gregorio Magno: «*El cristiano es otro Cristo*».

Nutrir y fortalecer el hombre interior

Para vivir esta unión, Eymard comprende que solo hay un medio: «*Nutrir y fortalecer en mí el hombre interior, que es Jesucristo en mí; concebirlo, hacerlo nacer y crecer mediante todas las acciones, las lecturas, las oraciones, las adoraciones, y en cada relación de la vida*» (NR 44, 125).

Es necesario alimentar incesantemente esta unión, porque la unión se realiza mediante la misma unión. Hay que vivir decididamente en unión con Cristo, deseándola y queriéndola; hay que morar en Cristo (cf. Jn 15, 4.5.9). Por esto, él toma la decisión de dejar a Cristo el «*gobierno*» de su existencia, ponerse bajo su dirección, para «*vivir junto a Nuestro Señor, vivir de su espíritu*» (NR 44, 44). Completamente centrado en Cristo, halla en Él la vida, el dinamismo de la existencia; Jesucristo se vuelve su consejero, su fuerza, su consolación (cf. NR 44, 27), su maestro interior, el huésped del alma y del cuerpo, su guía (cf. NR 44, 127), su modelo y el Dios de su corazón (cf. NR 44, 96).

Tomado totalmente por el amor de Jesucristo, quiere asemejarse a él en todo, tener los mismos sentimientos (cf. Flp 2, 5). Viviendo de Jesucristo, a través de él, en él y por él, llega a una identificación existencial con Cristo: «*Si amo a Jesús, tengo que asemejarme a él [...]. Seré una “reproducción” de él, el cuerpo de su alma, la libertad de su deseo, la ejecución humana, y que él hará divina gracias a nuestra unión*» (NR 44, 60).

La Eucaristía «*hace posible, día a día, la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios (cf. Rm 8,29 s.)*» (Sacramentum Caritatis 71). El P. Eymard se deja modelar por la Eucaristía, que es el centro de su vida: «*Centro que ha de formar y alimentar las virtudes cristianas y evangélicas, sin buscar en otro lugar; centro que me alimenta, ya que es toda una atmósfera de luz, de*

suavidad y de paz. *Es Nuestro Señor [...] Él mismo vivirá a través de mí porque habita en mí [cf. Jn 6, 57-58]*». (NR 44, 81).

La unión de vida se realiza mediante la gracia y la fidelidad a la gracia, pero también es adhesión a las palabras de Jesús, unión de fe y de amor, unión con Jesucristo, que tiene como punto de referencia la unidad entre Jesús y su Padre (cf. Jn 17, 22-23); ella recrea, por analogía, las relaciones que existen entre Jesucristo y el Padre (cf. Jn 15, 9). Se ve claramente cuando Eymard cita el texto de Jn 14, 10: «*El Padre que está en mí realiza sus obras*», e inmediatamente después escribe: «*Cristo que está en mí realiza sus obras*» (cf. NR 44, 60).

«*Por tanto, es preciso que yo esté unido a Nuestro Señor Jesucristo como lo estaba su naturaleza humana bajo la guía de su persona divina, como estaba Jesucristo totalmente sometido a su Padre. Pero para llegar a esto, hay que estar unidos con una unión de vida recibida, comunicada*» (NR 44, 124).

Como consecuencia, toda la vida se vuelve una extensión de la vida de Cristo: «*nuestras acciones se convierten en acciones de Nuestro Señor*» (NR 44, 121). «*Esta unión del hombre con Nuestro Señor constituye su dignidad. [...] Mediante mi unión con Nuestro Señor, yo me convierto en algo sagrado, santo*

(NR 44, 122). Viviendo de este modo, Eymard halla su libertad, la paz, la vida, la unión con Dios (cf. NR 44, 44.63); su existencia se torna una vida en plenitud. En Jesucristo lo encuentra todo; bajo su guía, se encuentra bien, a gusto, como en su casa (cf. NR 44, 44).

Eymard entra «*en la plena comunión con la Pascua de Jesucristo y así se convierte con Él en Eucaristía*» (*Sacramentum Caritatis* 85). Confirma así que «*en verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto a Jesús, pan partido para la vida del mundo*» (*Sacramentum Caritatis* 88).

Cada día, en la celebración de la Eucaristía, pedimos que «*el Espíritu Santo nos haga de nosotros un sacrificio perenne agradable a Dios*» (Plegaria eucarística III) para la gloria del Padre; que «*seamos una ofrenda viva en Cristo, para alabanza de su gloria*» (Plegaria eucarística IV), y con toda la creación glorifiquemos al Padre, por medio de Jesucristo.

¹ P. J. Eymard, *Oeuvres Complètes*, Centro Eucarístico – Nouvelle Cité, París 2008, NR 44, 100. Todas las citas están tomadas de este texto. Se ponen solamente las siglas de los escritos: NR, en referencia a las notas del retiro personal hecho en Roma, donde vivió el voto de la personalidad; PG y PO, en referencia a su predicación; seguidas por el número del capítulo y del párrafo.

«*Este voto [de la personalidad] ha de ser el más grande, el más santo entre todos los demás, porque es el voto de mi yo, y de mi yo libre de entregarse y volver a entregarse siempre. [...] ¡Oh alma mía, tú serás los miembros, las facultades de Jesucristo, a el fin de que Él viva y actúe en todo para la gloria de su Padre. Nuestro Señor desea esta unión para mejor glorificar a su Padre en la tierra, encarnándose de algún modo en cada cristiano, a fin de llegue a ser como la personalidad divina [...]. Así pues, Nuestro Señor quiere revivir en nosotros y continuar a través de nosotros la glorificación de su Padre. [...] Entonces, gracias a esta unión, nuestras acciones son las acciones de Nuestro Señor*».

S. Pedro Julián Eymard, NR 44, 120-121

Destellos de Eucaristía

De la Redacción

Ofrecemos algunos breves testimonios de cristianos de distintos tiempos, expertos en santidad. Son simples destellos del misterio eucarístico presente con fuerza en sus vidas.

La Iglesia vive de la Eucaristía

Concilio Vaticano II

Es el don más grande que el Señor ha ofrecido a su Esposa, la Iglesia de modo permanente... Es compendio de las palabras, vida y obra de Jesús, ofrecida al Padre por nosotros... Es gloria de su Cuerpo Resucitado... Es fuente, centro y culmen de la vida cristiana.

San Juan Pablo II

La mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor.

Papa Francisco

Con la Eucaristía sentimos la pertenencia a la Iglesia, al Pueblo de Dios, al Cuerpo de Dios, a Jesucristo. Y no terminaremos nunca de captar todo su valor y su riqueza... Que este Sacramento pueda conti-

nuar manteniendo viva en la iglesia su presencia y plasmar nuestras comunidades en la caridad y en la comunión, según el corazón del Padre.

La liturgia es precisamente entrar en el misterio de Dios, dejarse llevar al misterio y estar en el misterio... Todos ustedes vienen aquí, nosotros nos reunimos aquí para entrar en el misterio: esta es la liturgia. Es el tiempo de Dios, es el espacio de Dios, es la nube de Dios que nos envuelve a todos.

Siervo de Dios cardenal F. X. Nguyen van Thuan

Sueño en una Iglesia que sea pan, Eucaristía, que sea don y que se deje comer por todos, para que el mundo tenga vida en abundancia.

Valor infinito de la perenne oblación sacrificial de Cristo

San León Magno

Nuestra participación en el cuerpo y en

la sangre de Cristo no tiene otro objetivo que el de transformarnos en Aquel a quien recibimos: revestirnos en todo, en el cuerpo y en el alma, de aquel en el cual morimos, somos sepultados y resucitamos.

San Alfonso M^a de Ligorio

La Misa es la acción más santa y más agradable a Dios que se puede llevar a cabo, tanto en razón de la víctima ofrecida, que es Jesucristo, víctima de dignidad infinita, cuanto en razón del primer oferente, que es el mismo Jesucristo, que se ofrece por manos del sacerdote.

San Gregorio Magno

El sacrificio del altar será verdaderamente aceptable como nuestro sacrificio a Dios en la medida en que nosotros nos presentemos como víctimas.

San Pío de Pietrelcina

La Misa es infinita como Jesús... Pregúntele a un Ángel lo que es la misa, y él les contestará: "verdaderamente yo entiendo lo que es y por qué se ofrece, pero no puedo entender cuánto valor tiene". Un ángel, mil ángeles, todo el Cielo saben esto y piensan así.

Santa Teresa de Jesús

Sin la Santa Misa, ¿qué sería de nosotros? Todos aquí abajo pereceríamos, ya que únicamente eso puede detener el brazo de Dios. Sin ella, ciertamente que la Iglesia no duraría y el mundo estaría perdido sin remedio. (En cierta ocasión, santa Teresa se sentía inundada de la bondad de Dios. Entonces hizo esta pregunta a nuestro Señor: "Señor mío, ¿cómo os lo podré agradecer?", y nuestro Señor le contestó: "Asistid a una Misa").

Cuando yo me llegaba a comulgar y me

acordaba de aquella majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento..., los cabellos se me espeluzaban, y toda parecía me aniquilaba.

San Juan María Vianney

Si conociéramos el valor de la Santa Misa, nos moriríamos de alegría.

San Agustín

Reconoce en este pan lo que colgó en la cruz, y en este cáliz lo que fluyó de su costado... Todo lo que en muchas y variadas maneras fue anunciado de antemano en los sacrificios del Antiguo Testamento pertenece a este singular sacrificio que se revela en el Nuevo Testamento.

«La liturgia es precisamente entrar en el misterio de Dios, dejarse llevar al misterio y estar en el misterio... Es el tiempo de Dios, es el espacio de Dios, es la nube de Dios que nos envuelve a todos»

Siervo de Dios Pío XII

La fe y la comunión eucarística son realmente el vínculo ofrecido por Dios a los hombres para rehacer la primordial unidad de la familia humana, rota por el primer pecado.

Benedicto XVI

La Eucaristía es sacramento de la unidad. Pero, por desgracia, los cristianos están divididos, precisamente en el sacramento de la unidad. Por eso, sostenidos por la Eucaristía, debemos sentirnos estimulados a lo que Cristo deseó ardientemente en el Cenáculo.

Beato Charles de Foucauld

La Eucaristía es Dios con nosotros, es Dios en nosotros, es Dios que se da perennemente a nosotros, para amar, adorar, abrazar y poseer.

Santo Tomás de Aquino

Nadie es capaz de expresar la suavidad de este sacramento, en el cual gustamos la suavidad espiritual en su misma fuente y celebramos la memoria del inmenso y sublime amor que Cristo mostró en su pasión....

Santa Margarita María de Alacoque

Las mayores gracias y los favores inexplicables de su bondad los recibía en la Santa Comunión. Y mi ángel lo que más severamente me reprendía eran las faltas de respeto y atención delante del Santísimo Sacramento.

San Juan Bautista de la Salle

Se puede obtener más fácilmente lo que se pide a Dios, y recibir más gracias, asistiendo a una sola Santa Misa bien oída, que con todas las más santas acciones que se pudieran realizar.

Santa María Magdalena de Pazzi

¡Oh Hermanas, si tan solo pudiéramos comprender el hecho de que mientras las especies eucarísticas permanecen dentro de nosotros, Jesús está ahí, trabajando en nosotros, inseparablemente del Padre y del Espíritu Santo, y, por lo tanto, toda la Santa Trinidad está ahí!.

San Pedro Julián Eymard

La Santa Misa encierra todo el valor del sacrificio de la cruz... Para caer en la cuenta de lo que vale la Santa Misa, es preciso no perder de vista que su valor es mayor

que el que juntamente encierran todas las buenas obras, virtudes y merecimientos de todos los santos que haya habido desde el principio del mundo o haya de haber hasta el fin, sin excluir los de la misma Santísima Virgen María.

En su forma eucarística, Jesús nos enseña a anonadarnos para asemejarnos a Él: la amistad exige la igualdad de vida y de condición; para vivir de la Eucaristía nos es indispensable anonadarnos con Jesús, que en ella se anonada.

San Ireneo de Lyon

Así como el pan y el vino, recibida la palabra de Dios, se hacen Eucaristía, es decir, Cuerpo y Sangre de Cristo, así también nuestros cuerpos, alimentados con la Eucaristía, resucitarán a su debido tiempo para gloria de Dios Padre.

Santa Faustina Kowalska

¡Qué tremendos misterios ocurren durante la Santa Misa!... ¡Con cuánta devoción debiéramos seguir y participar en esta muerte de Jesús! Un día conoceremos lo que Dios hace por nosotros en cada Santa Misa y el don que nos prepara en ella. Solamente su amor divino podía concebir un don semejante.

Eucaristía y ministerio sacerdotal

San Francisco de Asís

El hombre debería temblar, el mundo debería vibrar, el cielo entero debería conmovirse profundamente cuando el Hijo de Dios aparece sobre el altar en las manos del sacerdote.

Santa Teresa de Jesús

Padre Eterno, ¿cómo lo consentís? ¿Por

qué queréis ver cada día a vuestro Hijo en tan ruines manos? Ya que una vez quisisteis y consentisteis lo tuviesen, ya veis cómo le pagaron. ¿Cómo puede vuestra piedad verles hacer injurias cada día? Y ¡cuántas deben hoy hacer a este Santísimo Sacramento! ¡En qué manos enemigas le debe ver el Padre!.

San Juan Crisóstomo

La oblación es la misma, cualquiera que sea el oferente, Pablo o Pedro; es la misma que Cristo confió a sus discípulos, y que ahora realizan los sacerdotes; esta no es, en realidad, menor que aquella, porque no son los hombres quienes la hacen santa, sino Aquel que la santificó. Porque así como las palabras que Dios pronunció con las mismas que el sacerdote dice ahora, así la oblación es la misma.

«El hombre debería temblar, el mundo debería vibrar, el cielo entero debería conmoverse profundamente cuando el Hijo de Dios aparece sobre el altar en las manos del sacerdote»

Los ángeles rodean al sacerdote. Todo el santuario y el espacio que circunda al altar están ocupados por las potencias celestes para honrar al que está presente en el altar.

San Alfonso M^a de Ligorio

El sacerdote nunca dirá la Misa del modo que corresponde, si no conoce cuán sublime es este acto. Ninguna acción más grande hizo Jesucristo en este mundo.

...Amados ministros de Jesucristo..., al prepararnos para la Santa Misa, consideremos lo que vamos a hacer. Esta es la acción más grande y santa que es dado practicar al hombre. ¡Qué bienes inmensos no acarrea

una Santa misa dicha con devoción, ya al que la celebra, ya a los que la oyen!.

San Agustín

¡Oh sublime dignidad del sacerdote en cuyas manos Cristo Jesús se encarna de nuevo! ¡Oh celestial misterio obrado maravillosamente por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, con el ministerio del sacerdote!

Beato Manuel González

Cuánto debe gozar el corazón del sacerdote en vivir solo para dar a Jesús y darse con Él a las almas. Por la consagración sacerdotal, el sacerdote ha dejado místicamente de ser un hombre para empezar a ser Jesús. Una especie de transustanciación se ha operado en él: las apariencias son del hombre, la sustancia es de Jesús. Tiene lengua, ojos, manos, pies, corazón como los demás hombres; pero, desde que ha sido consagrado, todos esos órganos e instrumentos no son del hombre sino de Jesús.

Beata Ana Catalina Emmerick

He visto a un sacerdote muy piadoso y caritativo que murió anoche a las nueve. Ha pasado tres horas en el purgatorio por haber perdido el tiempo en hacer bromas. Este sacerdote tenía que haber permanecido varios años en el purgatorio, pero ha sido socorrido con muchas Santas Misas y oraciones. A este sacerdote lo he conocido mucho.

Eucaristía y María

Beata María Cándida de la Eucaristía

Quisiera ser como María, ser María para Jesús, ocupar el puesto de su madre. En mis Comuniones, a María la tengo siempre pre-

sente. De sus manos recibo a Jesús, ella debe hacerme una sola cosa con Él. Yo no puedo separar a María de Jesús. ¡Oh Cuerpo nacido de María! ¡Salve María, aurora de la Eucaristía!

San Efrén

María nos da la Eucaristía en oposición al alimento que nos da Eva. María es, además, el sagrario donde ha habitado el Verbo que se ha hecho carne, de modo que la morada del Verbo es la Eucaristía. El mismo cuerpo de Jesús, nacido de María, es nacido para hacerse Eucaristía.

San Francisco de Asís

¡Oh hijos de los hombres!, ¿hasta cuándo seréis duros de corazón? ¿Por qué no reconocéis la verdad y creéis en el Hijo de Dios? Ved que diariamente se humilla, como cuando desde el trono real descendió al seno de la Virgen; diariamente viene a nosotros Él mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del seno del Padre al altar en manos del sacerdote....

San Juan Pablo II

María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en ella lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el Cuerpo y la Sangre del Señor.

Sea adorado el Santísimo Sacramento

«Y sabed que acaso ganaréis más en un cuarto de hora de adoración en la presencia de Jesús Sacramentado que en todos los demás ejercicios espirituales del día».

Santa Teresa de Jesús

Hele aquí, compañero nuestro, en el Santísimo Sacramento, que no parece fue en su mano apartarse de nosotros un momento.

San Alfonso M^a de Ligorio

Tened por cierto que el tiempo que empleéis con devoción delante de este divino Sacramento, será el tiempo que más bien os reportará en esta vida y más os consolará en vuestra muerte y en la eternidad. Y sabed que acaso ganaréis más en un cuarto de hora de adoración en la presencia de Jesús Sacramentado que en todos los demás ejercicios espirituales del día.

Jesús a San Pío de Pietrelcina

¡Con cuánta ingratitud me pagan los hombre! ¿Hubiera sido menos ofendido, si los hubiera amado menos? Yo quería dejar de amarlos, pero mi corazón está hecho para amar... Me dejan solo de noche y también de día en las iglesias. No se dan cuenta de que estoy en el sacramento del altar. Pocos hablan de esto y los que hablan, lo hacen con indiferencia o frialdad.

Santa María Magdalena de Pazzi

Los minutos que siguen a la comunión son los más valiosos que tenemos en la vida; son los momentos más adecuados de nuestra parte para tratar con Dios, y de parte de Dios para comunicarnos su amor.

Santa María Dominica Mazzarello

Cada visita a Jesús Eucaristía y cada contemplación de su presencia es retornar a nuestra verdadera realidad, a nuestro destino final: son un anticipo de lo que poseeremos en el cielo, donde viviremos en Dios y nuestra mirada se fusionará con la suya.

«Tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano»

F. X. Nguyễn Văn Thuân
y la fuerza de la Eucaristía

Mauro Mantovani, s.d.b.

François-Xavier Nguyễn Văn Thuân (1828-2002), obispo vietnamita que estuvo encarcelado durante 13 años, viviendo en estricto aislamiento, fue un “milagro de esperanza” porque sacaba su fuerza de la Eucaristía y supo transmitirla a su alrededor.

EN el año 2000 nuestra revista presentó la figura y el testimonio del obispo François-Xavier Nguyễn Văn Thuân¹. Fue nombrado cardenal en 2001, habiendo sido por tres años presidente del Pontificio Consejo de Justicia y Paz, murió el 16 de septiembre del 2002, y exactamente cinco años después de su muerte se inició el proceso de su beatificación². En aquella ocasión lo describió así el papa Benedicto XVI:

«El Cardenal Van Thuân era un hombre de esperanza, vivía de esperanza y la difundía entre todas las personas con quienes se encontraba. Gracias a esta energía espiritual superó todas las dificultades físicas y morales. La esperanza lo sostuvo como obispo aislado, durante 13 años, de su comunidad diocesana; la esperanza le ayudó a vislumbrar en la absurdidad de los acontecimientos que le tocó vivir –durante su larga detención

nunca fue procesado– un designio providencial de Dios. La noticia de la enfermedad, el tumor, que lo llevó después a la muerte, le llegó casi juntamente con el nombramiento cardenalicio por obra del Papa Juan Pablo II, que sentía por él gran estima y afecto»³.

Como es sabido, François-Xavier Nguyễn Văn Thuân durante 13 años (1975-1988), como obispo, fue encarcelado y vivió entre aislamiento y restricciones que se hicieron cada vez más duras. Tres meses después de su nombramiento como arzobispo auxiliar de Saigón, fue detenido el 15 de agosto de 1975 y llevado a 450 kilómetros de distancia, a un lugar donde tenía que permanecer obligatoriamente. El encarcelamiento de aquellos años fue para él una catacumba martirial de fecunda unión al sacrificio de Cristo y del amor por la Iglesia y por su gente. Poco después de la de-

tención, entre octubre y noviembre de 1975, escribió por la noche su primer “mensaje desde la cautividad”, y continuó haciéndolo en los años siguientes, componiendo paso a paso verdaderos volúmenes como *El camino de la esperanza a la luz de la Palabra de Dios y del Concilio Vaticano II* y *Los peregrinos del camino de la esperanza*.

«...el tifón azota a los árboles, arrastrando lejos las ramas secas y podridas, pero no puede arrancar la cruz plantada en el corazón del mundo».

En los largos años de vejación pasados en la cárcel, Van Thuân reconoce el “rostro” de Jesús crucificado y vive con radicalidad su seguimiento, también en el vacío del ministerio y de no poder compartir la vida de fe a la que se vió forzado, aguantando la inmovilidad y la supresión a la que su corazón de padre parecía condenado. ¿Dónde encontró las energías para seguir adelante en una situación tan dramática? ¿Cuál fue su fuerza? Fue sin duda la Eucaristía.

«Jesús Eucaristía está siempre conmigo»

Cuenta él mismo: *«Cuando fui detenido, tuve que marchar inmediatamente, con las manos vacías. Al día siguiente me permitieron escribir para pedir las cosas más necesarias: ropa, dentrífico [...] Escribí a mi destinatario: “por favor, me mandas un poco de vino, como medicina para el mal de estómago”. Los fieles comprenden lo que significa; me mandan una botellita de vino para la Misa, con la etiqueta “medicina contra el mal de estómago”, y algunas hostias ocultas en una especie de antorcha contra la humedad. La policía me preguntó: ¿Tiene problemas de estómago? –Sí. -Aquí le han*

traído un poco de medicina para usted. Jamás podré expresar mi gran alegría: cada día, con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano, celebro mi Misa [...] Pero dependía de la situación. En el barco que nos llevaba hacia el norte, celebré por la noche y di la comunión a los prisioneros que estaban cerca. A veces debo celebrar cuando todos van al baño después de la gimnasia. En el campo de reeducación nos dividieron en grupos de 50 personas; dormíamos en un lecho común, cada uno tiene derecho a 50 cm. Nos organizamos de manera que haya cinco católicos conmigo. A las 21,30, hay que apagar las luces y todos deben dormir. Me inclino sobre la cama para celebrar la Misa, de memoria y distribuyo la comunión pasando la mano bajo el mosquitero [...] Jesús eucaristía está siempre conmigo en un bolsillo de la camisa [...] Recuerdo lo que escribí: “Tú cree en una sola fuerza: la Eucaristía, el Cuerpo y Sangre del Señor que te dará la vida”. “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). Como el maná nutrió a los Israelitas en su viaje hacia la Tierra Prometida, así la Eucaristía te alimentará en tu camino de la esperanza» (Jn 6, 50)⁴.

La unión de su sacrificio con el de la cruz

François-Xavier Nguyễn Van Thuân fue un hombre “sostenido” por la Eucaristía, que para celebrar la misa se sirvió de la palma de su mano como cáliz, y así encontró –uniendo por amor su sacrificio al de Jesús– la fuerza para sostener la fe de su pueblo.

«También hicimos bolsitas con las cajetillas de cigarrillos para conservar el Santísimo Sacramento y llevarlo a los demás (...). Cada semana tenía lugar una sesión de adoctrinamiento, a la que debía participar todo el campamento. En el momento del descanso, mis compañeros católicos aprovechaban para pasar una cajetilla a cada uno de los otros cuatro grupos de prisioneros: to-

dos sabían que Jesús estaba en medio de ellos. Por la noche, los prisioneros se turnaban en turnos de adoración. Jesús eucaristía ayudaba de manera inimaginable, con su presencia silenciosa: muchos cristianos retornaban al fervor de la fe... Incluso algunos budistas y otros no cristianos alcanzaban la fe. La fuerza del amor de Jesús era irresistible... La prisión se transformó en escuela de catecismo. Los católicos bautizaron a sus compañeros y se convirtieron en sus padrinos».

En otro interesante texto, escribe: «*La Eucaristía fue para mí y para los otros prisioneros la única fuerza, la única esperanza. ¿Qué podía ser más consolador que el pensamiento de que Jesús está contigo, sufre contigo y llora contigo? Te recuerda que toda la Iglesia está contigo, comenzando por el papa. En tu celda nunca estás solo (...), sino que Jesús no se limita a vivir tu dolor. Él te ayuda a convertirlo en amor. Esta es la diferencia*».

El don total

Durante los últimos días de su vida, cuando la enfermedad ya le impedía hablar, François-Xavier Nguyễn Van Thuân tenía fija la mirada en el crucifijo que tenía delante, y rezaba en silencio. Así se consumó su supremo sacrificio, su don total, que —como escribe L. Carraro, durante muchos años misionero comboniano en Filipinas— *«iba a coronar una existencia marcada por su heroica identificación con Cristo en la cruz. Nadie pone en duda la autoridad moral que sus sufrimientos le han otorgado: “Creed en una sola fuerza, la Eucaristía”, escribió desde la prisión. “Quered un solo secreto, la oración; un solo alimento, la voluntad del Padre. De este modo —decía a sus lectores— lograréis una revolución: renovar el mundo”».*

A su muerte fue general la convicción de que su vida había sido un “milagro de esperanza”, tanto que el mismo papa Benedicto XVI en la *Spe Salvi* (2007) lo reconoció con

autoridad recordándolo dos veces en la Encíclica, tanto como *testigo*⁵ que como *ministro*⁶ de gran esperanza para los demás.

Murió teniendo entre sus manos la pobre —y bellísima— cruz, que había tallado en la cautividad de la cárcel. Como indica A. Sicari, «*si, al final, le hubiésemos pedido una síntesis conclusiva de su historia personal y espiritual, probablemente hubiera escrito de nuevo aquellas palabras que amaba: “el tifón azota a los árboles, arrastrando lejos las ramas secas y podridas, pero no puede arrancar la cruz plantada en el corazón del mundo”»*⁷.

François-Xavier Nguyễn Van Thuân —como dijo el papa Benedicto XVI a los cinco años de su muerte— solía repetir que «*el cristiano es el hombre del ahora, del momento presente, que es necesario aprovechar y vivir por amor a Cristo. En esta capacidad de vivir el momento presente se refleja su abandono interior en manos de Dios y la sencillez evangélica que todos admiramos en él*»⁸. Un auténtico testigo de la fuerza de la Eucaristía.

¹ Cf. Francisco Javier Nguyễn Van Thuân. *Un «martirio» de esperanza*, en *Unidad y Carismas*, n° 35, julio-septiembre 2000, pp. 31-35.

² Cf. F. X. Nguyễn Van Thuân, *El camino de la esperanza: testificar con alegría el ser cristiano*, Edicep, Valencia 2000; id., *Cinco panes y dos peces*, Ciudad Nueva, Madrid 2009, 10ª edición; id., *El gozo de la esperanza: último retiro espiritual dado por el cardenal Van Thuân*, Ciudad Nueva, 2006; id., *Testigos de esperanza*, Ciudad Nueva, 2011; *Peregrinos por el camino de la esperanza*, Monte Carmelo, Burgos 2007; *Oraciones de esperanza*, Monte Carmelo, Burgos 2008. Informaciones útiles y actualizadas relativas al Cardenal Van Thuân (www.vanthuanobservatory.org).

³ Benedicto XVI, *Discurso a los oficiales y colaboradores del Pontificio Consejo de Justicia y Paz con ocasión del quinto aniversario de la muerte del Cardenal François-Xavier Nguyễn Van Thuân*, Castelgandolfo, 17 septiembre 2007.

⁴ F.-X. Nguyễn Van Thuân, *Cinco panes y dos peces*, cit.

⁵ «*De sus trece años de prisión, nueve de los cuales en*

aislamiento, el inolvidable Cardenal Nguyen Van Thuan nos ha dejado un precioso opúsculo: *Oraciones de esperanza. Durante tres años en la cárcel, en una situación de desesperación aparentemente total, la escucha de Dios, el poder hablarle, fue para él una fuerza creciente de esperanza, que después de la liberación le permitió ser para los hombres de todo el mundo un testigo de la esperanza, esa gran esperanza que no se apaga ni siquiera en las noches de soledad*». Benedicto XVI, *Spe Salvi*, 30 de noviembre del 2007, n. 32.

⁶ «El Cardenal Nguyễn Van Thuân cuenta en su libro de Ejercicios espirituales cómo en su vida hubo largos periodos de incapacidad de rezar y cómo él se aferró a las palabras de la oración de la Iglesia: el Padrenuestro, el Ave María y las oraciones de la liturgia. En la oración tiene que haber siempre esta interrela-

ción entre oración pública y oración personal. Así podemos hablar a Dios, y así Dios nos habla a nosotros. De este modo se realizan en nosotros las purificaciones, a través de las cuales llegamos a ser capaces de Dios e idóneos para servir a los hombres. Así nos hacemos capaces de la gran esperanza y nos convertimos en ministros de la esperanza para los demás: la esperanza es siempre esperanza para los demás». Benedicto XVI, *Spe Salvi*, n. 34.

⁷ A. M. Sicari, en *Servo di Dio Card. F. X. Nguyễn Van Thuân*, Jaca Book, Milano 2009.

⁸ Benedicto XVI, *Discurso a los oficiales y colaboradores del Pontificio Consejo de Justicia y Paz con ocasión del quinto aniversario de la muerte del Cardenal François-Xavier Nguyễn Van Thuân*, Castelgandolfo, 17 septiembre 2007.

LA EUCARISTÍA EDIFICA LA IGLESIA

«El Concilio Vaticano II ha recordado que la celebración eucarística es el centro del proceso de crecimiento de la Iglesia. En efecto, después de haber dicho que “la Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio, crece visiblemente en el mundo por el poder de Dios”, como queriendo responder a la pregunta: ¿Cómo crece?, añade: “Cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado (1 Co 5, 7), se realiza la obra de nuestra redención. El sacramento del pan eucarístico significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes, que forman un sólo cuerpo en Cristo (cf. 1 Co 10, 17)”».

Hay un influjo causal de la Eucaristía en los orígenes mismos de la Iglesia. Los evangelistas precisan que fueron los Doce, los Apóstoles, quienes se reunieron con Jesús en la Última Cena (cf. Mt 26, 20; Mc 14, 17; Lc 22, 14). Es un detalle de notable importancia, porque los Apóstoles “fueron la semilla del nuevo Israel, a la vez que el origen de la jerarquía sagrada”. Al ofrecerles como alimento su cuerpo y su sangre, Cristo los implicó misteriosamente en el sacrificio que habría de consumarse pocas horas después en el Calvario. Análogamente a la alianza del Sinaí, sellada con el sacrificio y la aspersion con la sangre, los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena fundaron la nueva comunidad mesiánica, el Pueblo de la nueva Alianza.

Los Apóstoles, aceptando la invitación de Jesús en el Cenáculo: “Tomad, comed... Bebed de ella todos...” (Mt 26, 26.27), entraron por vez primera en comunión sacramental con Él. Desde aquel momento, y hasta al final de los siglos, la Iglesia se edifica a través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios inmolado por nosotros: “Haced esto en recuerdo mío... Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío” (1 Co 11, 24-25; cf. Lc 22, 19)».

San Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 21.

La Eucaristía en mi vida. Notas de agradecimiento

Manuel Morales, o.s.a.

«Crece y me comerás. Pero no me transformarás en ti, como asimilas corporalmente la comida, sino que tú te transformarás en mí» (S. Agustín, Confesiones VII, 10, 16).

Asumo el reto de escribir unas letras sobre mi relación con la Eucaristía como una gracia que se me ofrece. Para un examen de conciencia y una súplica al Cielo de luz y de perdón; para una acción de gracias; y, muy especialmente, para un acto de amor a quienes me lo han pedido, y a quienes me lo leerán con misericordia. ¡Pobres de nosotros, comensales, tantas veces inconscientes, de la Eucaristía! ¡Cuántos años de comuniones! ¡Cuántas misas celebradas! ¡Cuántas horas de oración vividas ante Él! ¡Cuánta salud espiritual nos habrá infundido en el alma Jesús eucarístico sin nosotros enterarnos! ¡Cuánta responsabilidad!

Entrañables recuerdos de niño

Desde el balcón de nuestros vecinos de casa, sentía yo la atracción de aquella Hostia santa que pasaba en la custodia grande sobre una carroza de flores. Era la procesión del Corpus Christi. Echábamos desde el balcón papelillos de colores con jaculatorias escritas y pétalos, muchos pétalos de rosa. Una emoción grabada para siempre.

Monaguillo, después, de la exposición del Santísimo: Manejar la campanilla que acompañaba el traslado de la custodia hasta que el sacerdote la entronizaba en lo más alto, en una iglesia en penumbra, im-

ponente y silenciosa, otra emoción inolvidable.

El recuerdo de mi madre vistiéndome de limpio y blanco completo para ir a recibir a Jesús, es tal vez lo más entrañable. Con toda la familia. Con el serio aviso de mi padre de que no debía distraerme con nada ni mirar para otro lado que no fuera el altar. No lo conseguí del todo. Él, Jesús Eucaristía, debió de hacerlo mejor que yo.

Como monaguillo que era de mis monjas Agustinas, podía comulgar diariamente. Me apunté, por eso, a los Cruzados eucarísticos. Llevábamos una insignia; la de los que comulgaban diariamente era distinta y era la mía. ¡Feliz de llevarla!

Jesús Eucaristía también en la hora del dolor

Hoy sé que esa hora es inseparable de la Eucaristía (“en ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor”; el sacrificio eucarístico se instituyó “la noche en que fue entregado”); entonces lo ignoraba, pero acontecía. Mi madre, en su muerte tan temprana, voló al cielo. Éramos cinco hermanos (yo contaba nueve años, la pequeñita dos meses) y un padre que comulgaba diariamente. Era incluso adorador nocturno de la Eucaristía. ¡Cuántas horas en sus rodillas ante el Santísimo expuesto!

Quando la exposición de la Palabra, dice San Agustín, se hace *«con amor fraterno, paterno y materno»*, y se establece, por ello, una profunda comunión con quienes nos escuchan, se siente que nosotros mismos *«aprendemos de ellos lo que enseñamos»*.

Años después, la Virgen peregrina de Fátima pasó una tarde memorable por el Seminario donde yo, adolescente, estudiaba ya, interno, para agustino y sacerdote. Cantos y oraciones a la Virgen sellaron mi alma aquella tarde. Ella se encargó de “vestirme” nuevamente de limpio y de blanco. Me consagré a su Corazón para siempre. Contrariedades de salud me hicieron “perder” meses y, más tarde, años, pero la Eucaristía diaria –pienso hoy– debe haber sido la que me libró de cualquier duda sobre la vocación.

La vida de oración

Otro “lugar” inseparable de la Eucaristía

fue la presencia activa de Jesús en lo profundo del corazón, descubierta en los años de Filosofía y Teología. ¡La vida de oración! ¡La vida interior! Un buen maestro de espíritu nos enseñaba entonces que acercarse a los sacramentos es como “ir a la fuente”. Si la vida de oración es la que ensancha el “cántaro”, es ella, por tanto, la vida de oración, lo más importante en la práctica.

Ordenación sacerdotal

Ver a mi padre de rodillas para besar las manos de su hijo sacerdote, es una sensación difícil de explicar. Él había rezado en público, en una de sus adoraciones nocturnas, cuando la enfermedad me obligaba a una pausa en los estudios, que, por encima de su ilusión de verme sacerdote, solo suplícaba para su hijo el cumplimiento perfecto de la Voluntad de Dios. Por fin, en este día maravilloso, el sueño de mi padre y el mío coincidían con el sueño de Dios.

Me enseñaron entonces que debía celebrar la misa como si fuera la primera y la última de mi vida. He procurado ser fiel a ese consejo. El mimo, el cuidado, el respeto con que uno celebra esas primeras misas, extremadamente pendiente de las rúbricas de la liturgia, refleja seguramente la fe en el misterio que tenemos en las manos.

Después, a lo largo de los años y hasta hoy, madurando y creciendo –espero–, unas veces “por las buenas” y otras, muchas, “por las malas”, en los días gozosos y en los días crudos, la celebración diaria de la Eucaristía me ha ofrecido la oportunidad de vivir la vida, “por Él, con Él y en Él”, como entrega obediente y como acción de gracias. ¡Una maravilla!

La “mesa” de la Palabra y del Pan

Pronto llegaron las misas con el pueblo. Primero con la muchachada del colegio,

Unidad y Carismas

más tarde, en la parroquia. Y llegó la Reforma Litúrgica. Ahí otro gran descubrimiento: las dos “mesas” de la Eucaristía, la Palabra y el Pan, son igualmente importantes. Como sucedió con los discípulos de Emaús, “una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los signos hablan” (Juan Pablo II, *Mane nobiscum Domine*, 14). Comencé enseguida a advertir, a veces hasta la conmoción, que la primera “mesa” de la Palabra es fuente de luz. Cuando la exposición de la Palabra, dice San Agustín, se hace «con amor fraterno, paterno y materno», y se establece, por ello, una profunda comunión con quienes nos escuchan, se siente que nosotros mismos «aprendemos de ellos lo que enseñamos». (*De catechizandis rudibus*, 12, 17). Son momentos luminosos.

«Si la Eucaristía es recibida por una comunidad verdaderamente unida por el amor recíproco, donde ya está la presencia del Resucitado, la Eucaristía es entonces como gasolina en el fuego».

«Donde dos o más»

Conocí el Ideal de la Unidad, el Movimiento de los Focolares, en el verano de 1968. ¡Otro gran descubrimiento! La presencia de Jesús Resucitado «donde dos o más están reunidos en su nombre» fue una fortísima experiencia viva, sensible, determinante. Efectivamente, nos había enseñado Pablo VI que la presencia de Jesús en la Eucaristía «se llama real no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por antonomasia». Y señalaba, la primera de todas, «donde dos o más» (*Mateo*, 18,20). Como dice Carlos G. Andrade en este mismo número de la revista, «si la Eucaristía es recibi-

da por una comunidad verdaderamente unida por el amor recíproco, donde ya está la presencia del Resucitado, la Eucaristía es entonces como gasolina en el fuego». Precisamente en un clima así de unidad, claramente carismático, en los años 1977-78, cuatro preciosos temas de Chiara Lubich sobre la Eucaristía hicieron arder los corazones de muchos de nosotros en la Iglesia. Ahora, en este año 2015, se estudia de nuevo, en el ámbito del Movimiento de los Focolares, el tema de la Eucaristía. Para comprenderlo y vivirlo más y mejor. Yo sigo bebiendo de esa fuente. Y no paro de asombrarme ante la profundidad de luz que emana de la experiencia mística de Chiara –teología y espiritualidad– sobre este misterio insondable.

Los pobres

La Providencia nos lleva a ejercer el ministerio en los lugares más dispares. Los años que viví en nuestra parroquia de Brasil, pude contemplar el espectáculo de los grandes cestos que se llenaban ante el altar a la hora del ofertorio de toda clase de alimentos para los más pobres. Era la expresión sensible de la entrega y la generosidad de la comunidad. Ahí comprendí: es «en base a este criterio (el amor mutuo y, en particular, la atención a los necesitados) como se comprueba la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas». También hoy lo compruebo, en estos tiempos de crisis económica, cuando observo con satisfacción que las colectas de Caritas son abundantes y generosas.

En el Evangelio de Juan no se encuentra el relato de la institución eucarística, pero sí el lavatorio de los pies. Así es como Jesús explicó de modo inequívoco el sentido de la Eucaristía (Juan Pablo II, *Mane nobiscum Domine*, 28). ¡Y qué bien lo predica hoy con hechos el Papa Francisco!

El pacto de unidad en Jesús Eucaristía

Paolo Monaco, s.j.

Ofrecemos algunos textos de Chiara Lubich, publicados e inéditos, sobre la Eucaristía.

EL primer texto es la última fórmula de la oración dirigida a Jesús Eucaristía con la que Chiara Lubich e Igi-no Giordani sellaron el pacto de unidad en 1949 y que produjo un período de iluminaciones particulares, llamadas “Paraíso del ‘49” (cf. C. Lubich, *Jesús Eucaristía*, Ciudad Nueva, Madrid 2014, pp. 11-14). Este pacto se repite en cada celebración eucaristía por todos los miembros Obra de María.

Pacto de unidad - septiembre 2001

«Jesús, que vives en la Santísima Eucaristía, cada uno de nosotros y todos juntos te prometemos ante todo ser entre nosotros la realización de tu Mandamiento Nuevo, es decir, amarnos como tú nos has amado, hasta sentir el abandono del Padre.

Con el fin de que se realice tu designio sobre toda la Obra, te pedimos que pactes tú mismo unidad sobre la nada de amor de cada uno de nuestros corazones, fundiéndonos en uno con tu caridad.

Siendo así una sola alma, consagra esta alma a la Virgen tu Madre para que de alguna forma ella pueda estar espiritualmente presente en la misma.

Y por nuestro amor recíproco continuo, por el hecho de nutrirnos diariamente de ti y por nuestra donación total a María, concédenos la gracia de que tú mismo nazcas y renazcas en cada uno y en medio de nosotros, de modo que no seamos nosotros los que trabajemos en tu Obra, sino tú en nosotros. Amén».

Una nueva visión de la celebración eucarística.

La gota de agua en el cáliz - 6 septiembre 1949

«La gota de agua que se echa en el cáliz y se añade al vino será hecha Sangre con el vino. Y somos nosotros: nosotros hechos Sangre; nosotros ofrecidos porque hemos sido transformados, transustanciados en Dios en el altar.

Si vivimos esta Unidad, estos Cielos, si somos

por ejemplo como ahora Jesús Abandonado (o la Desolada, que forma en nosotros a Jesús Abandonado), ¡entonces en verdad somos ofrecidos místicamente cada día en todos los altares de la tierra!!

En esa Hostia Santa y esa Preciosísima Sangre podemos vernos A NOSOTROS. Yo ofrecida al Padre, yo muriendo en la Cruz en el Calvario.

De modo que es una visión completamente nueva de la Santa Misa. No solo estamos al pie de la Cruz, con la Madre y la Magdalena; estamos ahí arriba, en la Cruz, gritando el abandono. ¡En ese grito está nuestra voz! De verdad vivimos a Jesús y Jesús nos vive. El “¡víveme completamente, Amor mío!” que le decíamos, es un hecho. Y nosotros a Él: “Te vivo completamente”.

La comunión fraterna hace a la comunidad apta para celebrar la Eucaristía.

Si al presentar tu ofrenda - 4 de mayo de 1968

«Por tanto, si cuando vas a presentar tu ofrenda ante el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda” (Mt 5, 23-24).

El culto divino y el amor a los hermanos, que compone y recompone la unidad entre ellos, no pueden ir en modo alguno separados.

Si una comunidad no se realiza en Cristo, en la comunión plena, es evangélicamente incapaz de presentar a Dios un culto digno.

El Concilio ha despertado este sentido de comunidad unida, y el Espíritu Santo, soplando de varias maneras, ha vuelto a desempolvar el Evangelio de la caridad.

Y ¡qué falta nos hacía a los cristianos!

Por eso sentíamos muchas veces que no comprendíamos la liturgia en todo su valor.

Nosotros, por lo general, somos herederos de una religiosidad individual, que no presta demasiada atención a la caridad recíproca en la

comunidad; y, aun quedando en el alma cierto sentido del misterio que rodea las grandes acciones litúrgicas, se da también la incompreensión y la sensación de vacío con respecto a algunas de ellas, reducidas a veces a formas sin sustancia.

Todo ello debido a que el cristianismo está a menudo debilitado de su verdadera fuerza: la caridad.

Por otra parte, ¡qué riqueza de experiencia litúrgica nos podríamos esperar de un pueblo de Dios verdaderamente unido! El rostro de la Iglesia resultaría bello en todo su esplendor y atraería al mundo, como hacía Jesús con las muchedumbres».

El cuerpo del cristiano, deificado por la Eucaristía, contribuye a la resurrección del cosmos.

La Eucaristía transformación del cosmos - Castel Gandolfo, 1 de septiembre de 1999

«Jesús, al morir y resucitar, es ciertamente la verdadera causa de la transformación del cosmos. Pero, puesto que Pablo nos ha revelado que los hombres completamos la pasión de Cristo y que la naturaleza espera la revelación de los hijos de Dios, también puede ser que Jesús espere además la aportación de los hombres, cristificados por su Eucaristía, para obrar la renovación del cosmos.

Si la Eucaristía es causa de la resurrección del hombre, ¿no puede suceder que el cuerpo del hombre, divinizado por la Eucaristía, esté destinado, a corromperse bajo tierra para contribuir a la resurrección del cosmos? De ese modo se podría decir que, en virtud del pan eucarístico, el hombre se convierte en Eucaristía para el universo, en el sentido de que es germen, con Cristo, de transfiguración del universo.

Es decir, la tierra nos comería, igual que nosotros comemos la Eucaristía, no para transformarnos a nosotros en tierra, sino para que esta se transforme en “cielos nuevos y tierras nuevas”».

Eucaristía: ¿signo de unidad o de separación?

Peter Dettwiler¹

El tema de la Eucaristía presenta una riqueza y complementariedad necesarias para el diálogo ecuménico. Cristo en la Eucaristía-sacramento ha de ser integrado y revalorizado con Cristo presente en la Palabra y en la comunidad..

JESÚS vivió para la unidad, murió por la unidad y realizó la unidad: unidad del hombre con Dios y unidad entre los seres humanos. «Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro de separación que los dividía... por medio de su carne» (Ef 2, 14). Por tanto, esta unidad tiene su precio. Por eso, Jesús ofrece su vida. Jesús llamó a los apóstoles a una comunión íntima con Él y con las personas que quieren vivir en esta unidad libremente, porque muchos de sus discípulos lo abandonaron decepcionados. «Entonces dijo Jesús a los Doce: “¿También vosotros queréis marcharos?”» (Jn 6, 67).

Círculo externo e interno

Después del milagro de la multiplicación de los panes y de los peces distribuidos entre 5.000 personas, todos están entusiasmados con Él, pero cuando Jesús reclama la aten-

ción sobre el “pan de vida” que sacia el hambre espiritual, muchos se apartan de Él. Existe un círculo externo y otro interno: está el pan que Jesús distribuye para todos, en abundancia, y está el pan que Jesús comparte con los suyos, para reforzar la comunidad y estar siempre y en todas partes presente en medio de ellos. Pero el círculo interno y el externo pueden ser permeables entre sí...

El pan de la última Cena, sin embargo, es vinculante. Convoca a los apóstoles a recibirlo y a compartirlo, siendo ellos mismos pan vivo como Jesús. La primera comunidad cristiana fue perseverante en la “fracción del pan” (Hch 2, 42), porque expresaban el vínculo que unía a los bautizados entre ellos. En esta celebración, Jesús se da cada vez nuevamente a sus amigos y fortalece la comunión con ellos y entre ellos. También para las Iglesias Evangélicas esta comida es valiosa, aunque se celebre con menos frecuencia y de

modo diverso. En muchas Iglesias reformadas la idea de comunidad y de reconciliación es particularmente importante.

Las palabras de Jesús en el Sermón de la montaña advierten e invitan a un examen de conciencia antes de cada celebración eucarística: «*Si al momento de presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano. Luego vuelves y presentas tu ofrenda*» (Mt 5, 23-24). Esta actitud da a la Eucaristía una gran seriedad y a los que la reciben una gran responsabilidad. Así pues, si las Iglesias protegen la “mesa del Señor”, no es para delimitar el círculo externo, sino para concentrarse en el interno. Se trata de la atención a la presencia del Resucitado entre los que Él ha llamado a formar una comunidad...

En el principio era el amor

Veo en la “espiritualidad de la unidad” de Chiara Lubich un camino para superar gradualmente este obstáculo, de modo que la Eucaristía se convierta de signo de separación en signo de unidad. En la “espiritualidad de la unidad” se trata de desarrollar la unidad a través de la unidad, es decir la unidad en grande, entre las Iglesias, y la unidad en pequeño, entre los hermanos y hermanas de las distintas Iglesias. En el principio era el Amor, podría describirse así el nacimiento del Movimiento de los Focolares, es decir la conciencia de que Dios es amor, y la voluntad de hacer concreto este amor de Dios en la relación con los demás. El amor es el vínculo de unidad y Jesús en medio de ellos el fermento de la unidad. Chiara y sus compañeras entraron en Jesús a través de su palabra: Él había prometido estar presente donde dos o tres estuvieren reunidos en su nombre. Chiara y sus compañeras fueron enriquecidas y transformadas por la experiencia de su presencia. Jesús en medio de ellas y Jesús en

su palabra marcó, desde aquel momento en adelante, sus vidas y su fe. Para Chiara Jesús en la palabra y Jesús en la comunidad es real como Jesús en la Eucaristía.

Palabra, comunidad, Eucaristía

Los protestantes por tradición están centrados en Jesús como palabra y en Jesús como comunidad –los que se reúnen en su nombre– mientras que los católicos están más enfocados en Jesús como sacramento en la Eucaristía... Tal vez los católicos deban considerar seriamente la presencia de Jesús en la Palabra y en la comunidad tanto como la presencia de Jesús en la Eucaristía. Y viceversa, los protestantes deberían considerar la presencia de Jesús en la Eucaristía, que es tan importante y preciosa como su presencia en la palabra y en la comunidad... Pero su presencia no es gratuita. No lo es ni el pan ni el vino, porque ¿para qué nos sirve la Comunión diaria, si no nos transforma? Tampoco con su palabra, porque ¿para qué sirve la palabra, si no penetra en el corazón y nos cambia la vida? Y lo mismo respecto a la unidad, porque si queremos que Él esté en medio de nosotros, tenemos que hacerle espacio continuamente. Si vivimos su palabra, Jesús crece en nosotros, aumenta nuestra atención a la voluntad de Dios y refuerza el amor para con el prójimo. De este modo construimos la comunidad. Y, si este amor se convierte en recíproco, entonces Jesús está entre nosotros y nos da la luz necesaria para caminar juntos en el mundo. Y si Jesús vive en medio de nosotros, entonces la Eucaristía adquiere una nueva calidad y se convierte en una fuente de fuerza capaz de transformarnos y cambiar nuestras comunidades. Eucaristía y Comunión pueden fortalecer la relación con Jesús y nuestra relación con los demás, de modo que con un enfoque renovado encontremos a Jesús en nuestros hermanos. Y la presencia de Jesús entre nosotros, a su vez, nos ayuda a

comprender mejor cada una de las palabras del Evangelio.

El mismo Jesús

Jesús en la Palabra, Jesús en la comunidad, Jesús en la Eucaristía: es siempre el mismo Jesús, el *Emmanuel*, Dios con nosotros. Debemos partir de la promesa de Jesús, que quiere estar con nosotros hasta el fin del mundo (cf. *Mt* 28, 20). Él con nosotros, en nosotros y en medio de nosotros, de un modo dinámico triple: en su palabra, en nuestra comunidad, tanto en el pequeño círculo como en el gran círculo, y en el sacramento de la Eucaristía. Son tres modos diferentes de estar presente. Es posible que para nosotros resulte más fácil acceder a la palabra que a la Eucaristía o viceversa; y que tengamos momentos en los que sintamos mayormente la presencia de Jesús en la comunidad, y otros en los cuales nos sintamos más cerca de la celebración eucarística o en la Comunión. No debe preocuparnos el hecho de que sintamos la presencia de Jesús solo en un modo o en otro, con tal de que estemos unidos a Él.

Existe una declaración interesante de Calvino, el reformador de Ginebra, en una carta a H. Bullinger, reformador de Zurich y sucesor de Zwinglio. Ambos no estaban de acuerdo en la comprensión de la Eucaristía y buscaban fatigosamente un entendimiento. Por fin, Calvino escribió a Bullinger en 1548: «*Aunque ahora tengo una comunión más íntima con Cristo en el sacramento, de la que tú manifiestas con tus palabras, estoy firmemente convencido que no por esto descuidaremos tener al mismo Cristo y ser una cosa sola con Él. Tal vez se nos conceda un día llegar a un perfecto acuerdo*».

Casi podría ser esto un lema ecuménico para nuestra larga búsqueda de la unidad en la Cena del Señor. Tenemos el mismo Cristo, y en Él hoy ya podemos ser una cosa sola. Él está en medio de nosotros y nos mostrará el camino que conduce a una unidad perfecta.

Si no es concedida la comunidad en la Eucaristía o la hospitalidad eucarística, entonces estamos llamados a reforzar nuestra comunidad con Él en medio de nosotros y escuchar juntos su palabra. Puede ser doloroso estar separados en la mesa del Señor, y se le puede tildar fácilmente de un escándalo. Sin embargo, al mismo tiempo, estamos tan ligados a Jesús en medio de nosotros y por Jesús en su palabra que Él no nos falta, porque Él está siempre: Jesús, quien a través de su palabra y a través de su presencia, hace de nosotros una cosa sola y nos vuelve perfectos en la Unidad, en cierto sentido incluso en nuestra imperfección, es decir, en la comunidad imperfecta sentada a su mesa. Así vamos construyendo la unidad a través de la unidad. Y podemos partir de esto y tener confianza en que Jesús seguirá dándose a nosotros –en su Palabra, a través de su presencia en medio de nosotros– y, naturalmente, un día, también juntos en la Eucaristía. Al sentir esta dolorosa separación –y es bueno sentirla– podemos experimentar desde ahora la unidad en pequeño, pero que es más fuerte que la que teníamos: “*nada* puede separarnos, si estamos unidos por *su* palabra y en *su* amor”. Esto no quiere decir que el deseo de una mesa común sea superfluo. Al contrario, la unidad que ya experimentamos hoy, refuerza en nosotros el deseo de la perfecta unidad. Sin embargo, al mismo tiempo, vivimos ya esta unidad con Él en medio de nosotros, que, en cierto sentido es perfecta, y en este aspecto no nos falta nada. Porque donde Él está presente, hemos logrado nuestro objetivo, el objetivo de una etapa, desde donde caminaremos con renovada energía hacia la etapa siguiente.

¹ Cristiano evangélico reformado. Traducción del alemán al italiano por F. Falzini, y del italiano por J. Vicente.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la *Biblia de Jerusalén*, nueva edición, 2009.

«El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa –presencia que dura mientras subsistan las especies del pan y del vino–, deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual. Corresponde a los Pastores animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas.

Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. Jn 13, 25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el “arte de la oración”, ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!

Numerosos Santos nos han dado ejemplo de esta práctica, alabada y recomendada repetidamente por el Magisterio. De manera particular se distinguió por ella San Alfonso María de Liguori, que escribió: “Entre todas las devociones, ésta de adorar a Jesús sacramentado es la primera, después de los sacramentos, la más apreciada por Dios y la más útil para nosotros”. La Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia. Una comunidad cristiana que quiera ser más capaz de contemplar el rostro de Cristo, [...] ha de desarrollar también este aspecto del culto eucarístico, en el que se prolongan y multiplican los frutos de la comunión del cuerpo y sangre del Señor».

San Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 25

novedad



Piero Coda

Dios que dice Amor

Apuntes de Teología

El teólogo Piero Coda nos regala estos apuntes, que son la base del curso de teología que imparte en el Instituto Universitario Sophia. Parte de la experiencia de Dios, que se hace accesible a través del seguimiento de Jesús dentro de la comunidad de sus discípulos.

160 págs. 12 €

Tomáš Špidlík

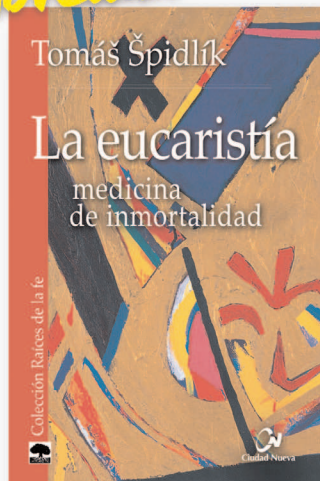
novedad

La Eucaristía, medicina de inmortalidad

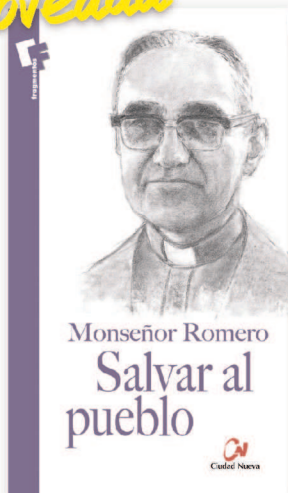
El autor, cardenal emérito y experto en la tradición cristiana oriental, ha escrito este breve tratado sobre el sacramento de la Eucaristía en el que conjuga tanto su sensibilidad artística como su experiencia de diálogo con la cultura contemporánea.

El autor, cardenal emérito y experto en la tradición cristiana oriental, ha escrito este breve tratado sobre el sacramento de la Eucaristía en el que conjuga tanto su sensibilidad artística como su experiencia de diálogo con la cultura contemporánea.

112 págs. 10 €



novedad



Mons. Romero

Salvar al pueblo

Con ocasión de la beatificación de Mons. Óscar Romero, declarado mártir por el papa Francisco, el libro ofrece una recopilación de fragmentos de las homilias y cartas de este obispo que escuchó la voz del pueblo y se dejó transformar por el pueblo.

96 págs. 8 €

Adquíralos en su librería, en nuestra página web ciudadnueva.com
o llamando al teléfono 91 725 95 30


Ciudad Nueva